

FLANDES EN LA INSTITUCION MILITAR DE ESPAÑA EN INDIAS

Por Juan MARCHENA FERNANDEZ
Doctor en Historia. Profesor del Departamento
de Historia de América. Universidad de Sevilla

I. ANTECEDENTES



UE precisamente *Crisóstomo de Mompleinchamp*, un poeta flamenco, el que glosó, con un soneto en latín, la obra del gran ingeniero militar *Sebastián Fernández de Medrano*, «*El Arquitecto perfecto en el Arte Militar*». Este libro, muy importante en su tiempo, se publicó en Bruselas el año 1700 y pretendía recoger las enseñanzas dictadas en la Academia Real del Ejército de los Países Bajos, fundada por el monarca español en 1675. Era esta obra una especie de recopilación de todo lo que en el arte militar habían aprendido vencedores y vencidos después de casi siglo y medio de luchas. Y realmente no era poco. La estrategia, la táctica, la logística, el armamento, el orden de batalla, las fortificaciones, las comunicaciones, la financiación, la conexión Ejército-Armada; todo ello nació y evolucionó constantemente durante los años en que españoles, flamencos, holandeses y franceses atronaron con sus armas la práctica totalidad de los Países Bajos.

No es nuestra pretensión, desde luego, estudiar estas luchas, ni siquiera la propia dinámica del llamado Ejército de Flandes, pues estudios al respecto los hay magníficos en cantidad y calidad, tanto por parte de la historiografía española como del resto de Europa (1).

(1) Parker, Geoffrey. «The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659». Cambridge 1972, publicado en español por la Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976; Quatrefagues, René. «los Tercios Españoles». Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979; Van der Essen, Alfred. «Le Cardinal Infant, et la politique européenne de L'Espagne. 1609-1641». Bruselas, 1944; García Rodríguez, J. M. «Ambrosio Spinola y su tiempo». Barcelona, 1942; Van der Essen. «Alexandre Farnese, Prince de Parme, Gouverneur-General des Pays Bas». Lovayna, 1933. Citamos sólo estas obras como mínima bibliografía.

Los archivos belgas, holandeses, franceses y, naturalmente, españoles, poseen una extraordinaria riqueza documental al respecto que tan sólo ha sido utilizada en un bajo porcentaje. Así pues, el tema no está agotado sino que se encuentra en vías de investigación, conforme la historiografía de la Europa Moderna va considerando cada vez con mayor atención la importancia de los estudios sobre lo militar, a nivel institucional, económico, sociológico, etc. (2). Por ellos hemos optado por analizar, muy sumariamente, las implicaciones que la guerra de Flandes, y más concretamente, la Ciencia y Arte militar desarrollados en los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII, tuvieron sobre la Institución Militar española.

En trabajos anteriores (3) hemos dedicado nuestro interés al estudio del Ejército de América y, más en general, a la Institución Militar española en Indias. Una de las conclusiones de los mismos fue la convicción de que la guerra de Flandes constituyó un catalizador positivo para el Arte militar español. Una especie de renacimiento en esta materia.

Si la conquista de América fue, evidentemente, una empresa medieval, la conservación del Nuevo Mundo bajo la Corona española fue una empresa moderna. Ante los ataques exteriores a los que se vio sometido todo el sistema defensivo indiano por parte de ingleses, holandeses, franceses y una nube de corsarios, piratas y filibusteros, algunos de ellos de dudosos intereses nacionales, tan sólo una ínfima parte del territorio se perdió y las comunicaciones, verdadero nervio del imperio, no sufrieron el colapso que podía esperarse. La defensa de América, en muchos sentidos, se llevó a

(2) «L'Armée et la société de 1610 a nos jours». *Congres 103^e National des Sociétés Savantes*. Nancy-Metz, 1978; III Congreso Venezolano de Historia. Caracas, 1977. Actas publicadas por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. 1979; Meeting of the international Commission of Military History, Bucarest, 1980; Algunos ejemplos tan sólo de cómo esta preocupación se trasluce en la organización de Congresos específicos sobre esta materia. En las Cátedras de Historia de España Moderna de varias universidades españolas se están llevando a cabo Tesis Doctorales sobre esta problemática.

(3) Marchena Fernández, Juan. «La Institución Militar en Cartagena de Indias. 1700-1810». Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla, 1982; «Oficiales y soldados en el Ejército de América». Idem, 1983; «Officers and soldiers in East Florida». *The Florida Historical Quarterly*, Gainesville, 1981; «El Ejército de América: el componente humano». *Revista de Historia Militar*. Madrid, 1981; «Demography and military population in East Florida: The eighteenth century». *Florida Historical Quarterly*; «Oficiales Canarios en el Ejército de América». IV Coloquio de Historia Canario-Americana. Las Palmas, 1980; «La emigración andaluza en el Ejército de América». I Jornadas de Historia sobre Andalucía y América». La Rábida, 1981; «Introducción al estudio de la financiación militar en Indias». *Anuario de Estudios Americanos*. Sevilla, 1981.

cabo aplicando patrones, propios o importados, la mayoría de los cuales habían sido desarrollados a partir de la experiencia acumulada en Flandes.

En la Península, esta experiencia militar flamenca condicionó todas las actuaciones militares españolas. Desde las sucesivas reorganizaciones del Ejército, la implantación de una nueva concepción de la defensa metropolitana, hasta las campañas exteriores en Europa, la experiencia flamenca hizo sentir su influencia. Y si esta trascendencia fue importantísima durante la existencia del Ejército de Flandes, no dejó de serlo después de Westfalia, Pirineos o Utrecht, cuando hubo que ir acogiendo y redistribuyendo por el resto de los dominios de la Corona española los despojos del antaño floreciente ejército español de los Países Bajos. Estas generaciones de soldados, desde generales de batalla hasta arcabuceros y piqueros, se repartió de Filipinas a Nápoles y marcaron un modo de entender lo militar en los diferentes empleos que obtuvieron posteriormente, según lo que habían aprendido como componentes del Ejército de Flandes.

Hasta que con el siglo XVIII no se llevan a cabo las grandes reformas militares de Felipe V, siguiendo el modelo borbónico francés, cambiando Tercios por Regimientos, no desapareció la influencia que la guerra de Flandes tuvo sobre la Institución Militar española. Tan sólo entonces la experiencia flamenca fue sustituida por las teorías francesas sobre el Arte militar. Incluso a lo largo del XVIII, en un terreno concreto como son las fortificaciones, América y las fronteras terrestres y marítimas españolas fueron salpicadas de obras defensivas, a cual más colosal, que siguieron la concepción abaluartada. Así como otros tantos aspectos desarrollados en Flandes y que recoge Fernández de Medrano, *Según las enseñanzas dictadas en la Academia Real del Ejército de los Países Bajos*.

Flandes y la España del XVI y XVII, tienen un extraordinario universo común, y, contrariamente a lo que normalmente podría pensarse, no exclusivamente en el sentido España en Flandes, sino que el paso inverso, Flandes en España, es de una magnitud difícil de cuantificar. Desde la propia existencia de un Rey, como Carlos I, nacido en Gante, una Corte flamenca durante varios años, una extraordinaria influencia en lo artístico, que arranca de los albores del XVI, desde la escultura de Juni o Felipe de Borgoña, la pintura de *la diplomacia del regalo* (Van Eyck, Meenling...) hasta el Rubens, que de diplomático de la princesa Margarita de Parma viene a transformarse en el gran pintor de la Familia Real española; incluso en el gran siglo barroco español, hay que contar con

un José de Arce que viene de Flandes a Sevilla nada menos que a hacer retablos, incorporando el aparato del Bernini. En el terreno de la mística que tanto caracteriza al mundo hispánico del XVI y XVII, Flandes tiene igualmente una extraordinaria participación (4); y en general en todo lo literario; las bibliotecas formadas en la España de la época, nos muestran unos fondos muy interesantes de obras que vinieron editadas desde Amberes, Bruselas, etc. (5). Sin embargo, no es este nuestro tema. Tan sólo señalar que la influencia flamenca en lo militar es una de las múltiples facetas en la interacción de ambos países, pero, a nuestro entender, ésta adquiere una excepcional importancia.

Y ello porque lo militar no es, ni mucho menos, un fenómeno aislado, sino más bien una consecuencia de la suma de situaciones. La presencia militar española en Flandes es producto de un fenómeno político moderno, en todo el sentido del término, con abundantes implicaciones religiosas, en cuanto que a la presencia de tropas extranjeras, y a la amenaza que un Rey lejano hacía pesar sus viejas libertades, vino a sumarse un motivo más ideológico, el problema de la aceptación de Trento y de la llamada Contrarreforma con todo lo que ello significaba, lo que dio a la guerra y a la solución de la misma un carácter mucho más implacable y difícil (6). La actitud inflexible de Felipe II en la aplicación de las medidas tridentinas y el envío de los tercios de Alba, ante los asaltos calvinistas a algunas iglesias de Amberes, Gante y Amsterdam (1566), originaron la eclosión del problema (7). Así pues, Flandes, presente durante casi dos siglos en la política española, tuvo forzosamente que repercutir en tantas y tantas cosas, máxime cuando el problema flamenco llegó a transformarse en una auténtica obsesión, que, del monarca (Felipe IV murió recomendando a su hijo que de ninguna manera se abandonase Flandes) (8), trascendió a todo el pueblo español y por tanto a la conciencia colectiva.

(4) Groult, Pierre. «Los místicos de los Países Bajos y la literatura espiritual española del S. XVI». Fundación Universitaria Española. Madrid, 1976. Incluso en los innumerables trabajos realizados en torno a la «devotio moderna» aparecen constantes connotaciones entre Flandes-España.

(5) La Biblioteca Colombina de Sevilla, por ejemplo, iniciada por Hernando Colón, contiene una extraordinaria cantidad de libros comprados por el hijo del Almirante en Flandes. La mayoría de ellos son obras de devoción o históricas. Aportes sucesivos a la Biblioteca producidos en el transcurso del XVI-XVII, aumentaron en sus estanterías los volúmenes editados en Flandes, constituyendo hoy una extraordinaria colección.

(6) Domínguez Ortiz, Antonio. «El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias». Alianza Universidad. Madrid, 1974. Págs. 302-3.

(7) *Ibidem*. Pág. 304.

(8) *Ibidem*. Pág. 401.

Y esto se denota incluso en la intelectualidad de la época, en la existencia de todo un ambiente de opinión a favor o en contra, o simplemente haciéndose eco, de los problemas que la permanencia española en Flandes conllevaba. Esta presencia es amplia, muy extendida y merecedora, sin duda, de un estudio pormenorizado, en cuanto arrojaría importantes luces sobre la concepción española del Imperio (9). El mismo Quevedo en buena parte de sus obras hace mención de todo ello, a veces ensalzando a algunas de las figuras más destacadas en el conflicto (10), a veces para lograr la reflexión sobre el decaimiento militar español en los Países Bajos (11).

Todo ello llegó a calar en la mentalidad popular y, de alguna manera, Flandes se convirtió en materia corriente de conversación. En los pueblos y en las ciudades se hacían levadas para los Países Bajos; se pedían tributos especiales, se conmemoraban las victorias o se lamentaban las derrotas. Además, el carácter de la lucha, no sólo contra el rebelde, sino contra el *luterano* o el *hereje*, fomentada a veces desde los púlpitos, hizo, si cabe, más honda la participación popular en los sucesos de Flandes. Y ello incluso llegó a América. Aparte de que las noticias sobre los triunfos de las Armas Reales circulaban velozmente por el Nuevo Mundo, originando fiestas y Te Deum, las escaramuzas libradas contra los corsarios en el Caribe eran a veces comparadas con los asaltos a las Plazas flamencas, *las cuales, si al respecto de las hazañas que en Flandes y otras partes del mundo vuestros capitanes han hecho pareciesen poco o ninguna cosa, suplicamos a S.M. tenga consideración por los pocos medios con que aquí contamos para lograrlas...* (12).

Otros intelectuales y letrados, desde finales del xvi, como Francisco de San Vitores, Francisco Antonio de Alarcón, autor de *El mal de Flandes y su remedio* (13), Sandoval, el Cardenal Primado, en 1655, el Conde Condomar o Baltasar Gracián, manifestaron

(9) Según Domínguez Ortiz, el imperialismo español es distinto a la concepción normal del término. «Castilla como instrumento». Era ella la que acababa por pagar el resto del imperio. Ob. cit. Pág. 298.

(10) Quevedo, Francisco de. «Antología Poética». Austral. Madrid, 1980. Pág. 27: «Memoria inmortal de D. Pedro Girón, Duque de Osuna». Pág. 46: «Retrato de D. Pedro Girón».

(11) *Ibidem*. Pág. 145: «Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos escritas a D. Gaspar de Guzmán, Conde Olivares en su valimiento».

(12) Carta del Cabildo de la ciudad de Río Hacha, 23-VI-1567. AGI. Santo Domingo. 202.

(13) Biblioteca Nacional. Madrid. Mss. 2759.

sus opiniones en contra de una política difícil ya de identificar con motivos económicos o religiosos (14). *¿Qué tiene que ver para que cesen las herejías que nosotros paguemos tributo de la harina?* (15). De todas formas el desánimo fue cundiendo y, en los *Avisos Históricos*, José de Pellicer (16) llega, en pocos años, a cierta desesperación. De glosar en 1639 las victorias de Trunvila frente a Chatillón, indicando que *ha más de un siglo que no se han visto tantos españoles juntos en campaña* (17), pasa, en 1641, a indicar que el establecer una liga hereditaria con un príncipe de Flandes *no nos estaría mal en el estado presente, si fuera cierto* (18); o en 1644, cuando tras la batalla de Gravelingas indica que *y no había dentro la mitad de la gente que decían, porque si la hubiera, fuera imposible tomarla toda Francia. Mas debe ser materia de Estado de los ministros mentir en casos de tanta importancia...* o comentar que si lo de Gravelingas fue grave, *no fue un átomo del riesgo que hoy amenaza a los Estados de Flandes y tan irremediable... que es menester la mano poderosa de Dios para evitarle...* (19).

De alguna manera, Pellicer nos introduce en el tema. El fenómeno ha sido calificado de mil maneras diferentes, con más o menos fortuna, pero lo cierto es que entre 1600 y 1650 algo importante se ha roto en la mentalidad colectiva sobre lo militar en España. Y este hecho, que sociológicamente tiene connotaciones muy importantes (20), puede ser analizado, y algunos autores así lo han expuesto: el fracaso militar conllevó al fracaso político; o al revés; el fracaso político acarreó el militar. Probablemente, la interconexión entre los dos factores impediría que se pudieran desglosar. Al menos para el contemporáneo, la cuestión no estuvo clara hasta 1641, cuando Olivares acaba por achacar los problemas europeos a la falta de cabezas entre la nobleza española, preguntando que dónde estaban los Spinola, los Fermeño, los Duques de Feria o

(14) Domínguez Ortiz. Ob. cit.

(15) Alarcón, Francisco Antonio. Ob. cit.

(16) Pellicer, José de. «Avisos Históricos». Taurus. Madrid, 1965. Escritos de 1639 a 1644. Más manuscritos de Pellicer sobre Flandes en la Biblioteca Nacional de Madrid. Mss. 211, 11146.

(17) «Avisos Históricos». Pág. 34. 28 junio 1639.

(18) *Ibidem*. Pág. 102. 9 abril 1641.

(19) *Ibidem*. Pág. 247. 13 septiembre 1644.

(20) Una de las medidas reformadoras de los Borbones fue, precisamente, la que pretendía enaltecer la figura del militar, favoreciendo el ingreso de la nobleza en las filas de las nuevas unidades. En el caso americano ello tuvo trascendencia especial.

Alba: *Dios quiere que se haga la Paz, porque nos quita absoluta y visiblemente los medios todos de la Guerra* (21). Algunos jesuitas intentaban aclarar la cuestión (22).

Domínguez Ortiz viene a resumir el trance indicando que el voluntario español en Flandes como en América, era un soldado maravilloso, valiente, sufrido y penetrado de los ideales monárquicos y religiosos; pero también estaba penetrado de la conciencia de su propia dignidad (23).

Las circunstancias hicieron gravitar sobre España una extraordinaria presión procedente de Flandes. Así pues pretendemos en este trabajo analizar esa influencia en la Institución Militar española, no en su totalidad, pues ello sería imposible, sino en algunos puntos concretos que consideramos serán demostrativos de todo el proceso.

II. FLANDES Y LA MARINA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Quizás sea este uno de los aspectos más desconocidos de la influencia flamenca en la Institución Militar española. Aparte que son escasos los estudios dedicados, en general, a la marina castellana durante el período de los Austrias, muy rara vez se llega a indicar cuán importante fue la participación flamenca en el desarrollo naval español. Todo lo más, aparecen en estas obras una serie de datos sueltos, aislados, a pesar de que los Archivos contienen una extraordinaria cantidad de documentación, en la cual la presencia de técnicos, marineros, constructores, financieros, etc..., procedentes de los Países Bajos es, además de constante, fundamental.

Y esta presencia flamenca tuvo que ser tan importante por dos motivos: uno, porque la expansión holandesa por los mares del siglo XVII, tenía que chocar forzosamente con la actuación española en el Atlántico. De aquí que, tanto en técnica como en programa-

(21) Elliot, John H. «La España Imperial. 1469-1716». Vicens Vives. Barcelona, 1972. Pág. 372.

(22) «Cartas de algunos Padres de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años 1634 y 1648». «Memorial Histórico español. Madrid, 1861. Academia de la Historia. Madrid.

(23) Domínguez Ortiz. Ob. cit. Pág. 305.

ción económica, los nuevos modelos introducidos por Holanda, que demostraron ser mucho más eficaces que los modelos españoles, fueron asimilados por los castellanos, bien para utilizarlos, o para defenderse de ellos. El otro motivo es que aunque España poseía una buena tradición marinera, la tradición flamenca y la holandesa era mucho más moderna, más aplicada a las necesidades de la época, en cuenta lo importante no era cerrar el mar sino abrirlo comercialmente, desarrollando así los territorios poseídos.

En la misma guerra de Flandes, la Corona Española tuvo que ser consciente de que vencer a los Países Bajos en el mar era tarea difícil, enrevesada y costosa, y poco menos que imposible si no se utilizaban técnicas y medios similares a los empleados por ellos. El mismo Duque de Alba se tuvo que enfrentar a un enemigo terrible, les «gueux de la mer», que aparte de entorpecerle las comunicaciones en los puertos de la costa flamenca, llegaban, introduciéndose por los numerosos canales de la zona, a imposibilitarle las maniobras en campo abierto, y, más de una vez, sus tercios quedaron paralizados ante la imposibilidad de cruzar determinados canales o pasos de agua (24).

Así pues, el problema del Ejército de Flandes y la propia guerra en Europa, por tanto, estaban íntimamente relacionados con el dominio del mar en las costas flamencas. Frutos de esta preocupación fueron una gran cantidad de informes que los técnicos españoles en Flandes enviaron a la Corona, haciendo ver el peligro que significaría para el Ejército de los Países Bajos un corte en las comunicaciones navales. El famoso «camino español» se podría ver comprometido en el transcurso de la guerra y si no se mantenía abierta la vía marítima, la situación en tierra se haría insostenible (25). En informe titulado *Discurso, avisos y advertencias tocantes a la navegación y pesquerías de Flandes* de 1605 (26), se realiza un pormenorizado estudio sobre el número de navíos que tenía Holanda y sus posibilidades de afectar al sistema de las comunicaciones. La conclusión final del análisis es que la ruptura de la ruta naval se podía producir en cualquier momento.

El Duque de Osuna, Pedro Téllez Girón, encargado de la marina española entre 1611 y 1624, y que contaba con una importante ex-

(24) Domínguez Ortiz. Ob. cit. Págs. 304-5.

(25) Tan grave era el asunto que según D. Ortiz «El más delicado problema de la política exterior española era la conjunción terrestre entre Italia y Flandes». Ob. cit. Pág. 372.

(26) Biblioteca de la Academia de la Historia. Madrid. Colección Salazar. 84.

perencia flamenca, estudió detenidamente el incremento naval holandés (27) llegando a la misma conclusión de que si no se ponían los medios en lo referente a la Armada, el colapso del ejército de Flandes sería inevitable, y con él la pérdida de la guerra en Europa, sobre todo teniendo en cuenta que mientras los «rebeldes» recibían todo tipo de ayudas sobre el terreno, los tercios tenían que ser pagados, avituallados y pertrechados a distancia, con una logística que, por estar poco desarrollado su estudio, se hacía difícil y muy costosa.

España comenzó a tomar conciencia del problema de las distancias en la guerra, que en la Europa del XVI-XVII era difícil de resolver (28). Este corte en las comunicaciones navales, se va a producir de una manera total en 1639 (29), y que además tenía como determinante el que España mantuviera o no buenas relaciones con Inglaterra (30), llave del Canal.

Pellicer, en sus *Avisos Históricos* (31), anotaba el 18 de agosto de 1643 que los holandeses tenían cercados con sus barcos los puertos españoles flamencos, con lo que «nada irá de acá seguro». Los estudiosos del problema y fracaso de la «Armada Invencible», llegan a la conclusión de que una de las causas de la catástrofe fue el que Farnesio no pudiera embarcar el Ejército de Flandes y cruzar el canal, porque en la costa que dominaba había pocos puertos, y los buenos estaban en poder de los marinos holandeses, repitiendo la frase de que todo hubiera sido distinto «de haber contado con el puerto de Amsterdam...» (32). Vemos, cómo desde el principio hasta el final, el problema naval estuvo presente en la guerra de Flandes. El peligro naval holandés, de todas formas, no se circunscribía a las costas flamencas, sino que, producto de su gran expansión

(27) Fernández Duro, Cesáreo. «Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón». Museo Naval. Madrid, 1972. Tomo III, Pág. 335.

(28) Problema de las distancias tan perfectamente estudiado por Braudel, F. en «La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II». Paris, 1966.

(29) En 1638, Bernardo de Weimar conquista Breisach, pérdida de excepcional importancia en cuanto que se interrumpe el camino español, es decir, la línea Milán-Bruselas. El Ejército de Flandes sólo podía ser avituallado y pagado por mar. Al año siguiente se produjo la hecatombe, lógica consecuencia del mal estado de cosas, cuando el almirante Thomp derrotó a la Flota de Antonio de Oquendo en las Dunas. Era la incomunicación total de las tropas españolas en los Países Bajos.

(30) «La Hostilidad inglesa había roto la vía marítima Flandes-España». D. Ortiz. Ob. cit. Pág. 301. Los problemas con Inglaterra embrollaban aún más la de por sí precaria situación española en Flandes.

(31) Pellicer, Ob. cit. Avisos del 18 de agosto 1643.

(32) D. Ortiz. Ob. cit. Pág. 312.

del xvii, llevó el temor al resto de los dominios españoles y, en particular, al Nuevo Mundo, sembrando el caos en las comunicaciones Sevilla-Indias, y, mediante el contrabando y la piratería, haciendo buena mella en el monopolio comercial español.

Hugo Grocio, además, les había facilitado un buen instrumento en 1609: *De mare liberum seu de iure quod Batavis competit ad Indica commercial*, con el que comienza a aplicarse en el derecho internacional y mercantil todo el sentido de la Reforma protestante. Con estos mares abiertos, Holanda se lanzó a la conquista de los mercados del mundo, bien mediante compañías (33), bien mediante el acoso directo y la piratería que, en ocasiones, no se diferenciaban del sistema anterior, en cuanto que estas compañías de comercio financiaban algunos de los ataques (34). No sólo fue el Caribe su marco de actuación, sino que, ya a principios del xvii, se habían organizado algunas expediciones holandesas que cruzaron Magallanes y se adentraron en el Pacífico (35). Esta actividad naval de Holanda contra España era tal durante la primera mitad del siglo xvii, que, desde Flandes, podía seguirse a la perfección.

Antonio de Oquendo avisaba con cierta anticipación desde Flandes dónde iban a atacar «los rebeldes», mediante informes que recibía confidencialmente de algunos holandeses desafectos a los Orange. Incluso Oquendo tenía información en Flandes de cuáles eran las plazas americanas más o menos defendidas, todo a través de las noticias que le llegaban de Holanda (36).

Y, en gran medida, este incremento en el poder naval de los Países Bajos se debió a una conquista técnica: Durante fines del xvi y principios del xvii, han conseguido el famoso «fluit-boat» o «fluit-schip» y, con este navío, capaz de buena carga pero ágil y manio-

(33) Córdoba Bello, Eleazar. «Compañías holandesas de navegación». Escuela de Estudios Hispanoamericanas. Sevilla, 1965.

(34) Según la Dra. Enriqueta Vila Vilar, «Historia de Puerto Rico, 1600-1650». Sevilla, 1974, en el ataque de Balduino Enrico o Hendrichsz a esta isla en 1625 participaron algunos navíos del príncipe de Orange al mismo tiempo que otros buques de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Ver también la obra de Geigel Sabat, Fernando: «Balduino Enrico». Barcelona, 1934.

(35) Barbudo Duarte, Enrique. «Expediciones holandesas a la región de Magallanes en los comienzos del S. XVII». Revista General de Marina. 1944. Vol. CXXVI.

(36) Los avisos de ataques que Oquendo enviaba a la Corte (AGI. Indiferente General 1869 y dirigidos contra Portobelo, Cartagena, Puerto Rico o La Habana, se cumplían, lamentablemente, con bastante regularidad. El problema estaba en que a Madrid llegaban, casi al mismo tiempo, la noticia del ataque y el aviso de Oquendo.

brero (37), se convierten en los dueños del comercio atlántico frente a los mastodónticos galeones españoles que no pueden apresarlos, pues aunque son muy superiores en capacidad artillera, no logran competir en velocidad y eficacia con estos buques holandeses (38). Así pues, en el terreno de la construcción naval, Flandes va a tener una gran importancia en cuanto que la Corona va a pedir asesoramiento técnico a constructores flamencos a fin de mejorar su posición en el mar, para hacer frente al peligro holandés, tanto en Flandes como en el resto del Imperio.

Los *fluit-boat*, por sus cualidades, fueron, bien comprados en Flandes, bien cedidos por flamencos adictos al Rey de España, incorporados a la Armada Española y, en general al comercio hispanoamericano, bajo la denominación de «urca», un navío panzudo, muy a propósito para la carga, de buen andar y ligeramente armado, capaz de enfrentarse a un enemigo poco potente, el corsario. Estas embarcaciones, aparte sus nuevos diseños de quilla y velamen, incorporaban un elemento muy importante: eran construidas casi en serie, con lo cual el coste final de cada una resultaba bastante inferior a lo acostumbrado en España. Los perfeccionamientos en la construcción naval flamenca, olvidando los primorosos trabajos en las popas y mascarones de proa (39), pero dando efectividad por encima de todo al resultado final, constituyeron una especie de revolución en la época a la que la Corona española prestó una especial atención.

(37) Al tema de la importancia del «fluitboat» como vehículo esencial del desarrollo económico y comercial holandés y flamenco se han dedicado algunos estudios. Entre otros muchos: Jan de Vries, «la Economía de Europa en un momento de crisis: 1600-1750». Ed. Cátedra, Madrid, 1979. Págs. 124 y ss.; Guillermo Céspedes del Castillo, «Hispanoamérica hasta 1650». Sep. Setenta. México, 1967. Véase el capítulo dedicado al auge holandés.

(38) Aparte el tamaño y el aprovechamiento del espacio abordo, el «fluitboat» podía ser navegado por una tripulación reducida, lo que disminuía los costes del fletamiento.

(39) Trabajos artísticos que dieron fama a los artesanos, entalladores y carpinteros de ribera de Sevilla y del sur de España por sus primorosos diseños y realizaciones. Véanse las obras del maestro Juan de Mal Lara, «Descripción de la Galera Real del Serenísimo Sr. D. Juan de Austria». Sevilla, Francisco Alvarez y Cía. 1876 Sociedad de Bibliófilos andaluces. En el Archivo de Indias y Simancas, en sus secciones de Planos, se contienen una gran cantidad de dibujos y diseños de popas y mascarones, a cual más monumental, que nos indica el regusto y detenimiento con que eran decorados los navíos que luego surcarían los mares, al igual que el resto de los buques europeos, como el «Soleil Royal», francés o el «Royal Sovereign», británico, que, verdaderas obras de arte, no salían demasiado al combate por temor a que se estropearan sus delicadas esculturas.

En 1618 (16 de junio) se dictan unas Ordenanzas sobre construcción de navíos (40) en las que aún se sigue el modelo tradicional de buque español, encargando los trabajos a determinados asentistas que se comprometían a construirlos en los astilleros del Norte de España, generalmente a cambio de determinados favores comerciales con América o exenciones de impuestos en algunos viajes (41). Sin embargo, la presión del Duque de Osuna, que tan bien conocía la construcción flamenca, va a ir introduciendo el modelo de navío de Flandes en busca de una mayor eficacia. Para mediados del XVII el técnico naval español Ignacio de Soroa, reconocía que la construcción flamenca era superior a la española (42).

Sin embargo, este nuevo sistema de construcción naval, tenía en España un problema: los materiales. Efectivamente, si lo que se buscaba era el abaratamiento de los costes, éste no se llegaba a conseguir en la Península en el mismo grado que en Flandes, y la razón, obvia, estaba en el encarecimiento de los materiales necesarios que habían de ser importados desde el Norte de Europa. El transporte hacía elevar el costo total de cada embarcación a cifras mucho más elevadas que las obtenidas si el buque se construía allá. Durante todo el siglo XVII son constantes los envíos de jarcias, velas, breas, maderas, alquitrán, maderamen de palos completos, a veces pertrechos de artillería, etc., mediante una red de comerciantes de Amberes, Dunquerque, Amsterdam..., y un grupo de intermediarios flamencos que se habían instalado en Cádiz. El volumen de este tráfico de efectos navales con destino a los buques construidos en España fue de considerables proporciones (43).

Junto a este material, una buena cantidad de técnicos flamencos fueron contratados por la Corona para que cooperasen con los constructores españoles. Y no sólo «urcas», sino que, para la Armada, comenzó a copiarse el modelo más común de la Escuadra de Dunquerque, de la que luego hablaremos, cual fue la fragata (44) en la que, eliminando bordas altas y puentes, se conseguía una aceptable capacidad de fuego artillero junto a una importante movilidad y velocidad. Estos constructores flamencos y sus nuevos modelos crearon una auténtica escuela naval, desperdigada por el litoral

(40) AGI. Indiferente General. 2740.

(41) Pueden verse gran cantidad de estos asientos a lo largo del XVII en AGI. Indiferente General 2740, con abundancia de Planos, diseños, medidas, etc.

(42) Duo, Ob. cit. Tomo V. Pág. 323.

(43) Véanse muchos pedidos, envíos, facturas, listas de material, cuentas, calidades, etc., de todo el XVII en AGI. Indiferente General. 2740.

(44) Duro. Ob. cit. Tomo V. Págs. 60 y ss.

atlántico andaluz (Cádiz fundamentalmente) donde cubrían desde la construcción de quillas hasta el ensamblaje de las piezas importadas de Flandes.

En Cádiz se estableció una Academia, por Real Orden de 1646, regida por el flamenco Gerardo Coen, de origen judío, para enseñar pirotecnia, navíos de fuego y artillería naval a los marinos y constructores españoles (45). Igualmente, fueron de mucho uso una gran cantidad de libros y tratados flamencos sobre este tema: *Tratado del exercicio y arte de la Artillería... obra del capitán Martín Gastón de Issaba...*, Amberes 1623 (46), u otras obras sobre cosmografía... *La verdadera longitud del mar y tierra, por Miguel Florencio Van Langren, cosmógrafo matemático de S. M. en Flandes...* de 1644 (47), o el muy usado *Arte de construir navíos*, de Van Rik, editado en La Haya en 1668...

Toda esta profunda innovación causó gran impacto entre los antiguos carpinteros de ribera españoles, artesanos fundamentalmente, y los transformó en expertos y técnicos que diseñaban, preparaban y calculaban, costos, quillas, desplazamientos, etc., antes de lanzarse a hacer un casco en rosca que luego salía o no salía bien. La aportación flamenca a la construcción naval española fue, pues, fundamental en cuanto constituyó uno de los más importantes factores que la hizo evolucionar de la artesanía a la ciencia naval.

Muchos maestros constructores españoles del XVII, Jerónimo de Eguía, Pedro de Arostegui, Millán Ignacio de Iriarte, Ignacio de So-roa, ya citado., etc., siguieron en sus diseños esquemas flamencos.

En cuanto a la artillería naval, la aportación flamenca no fue menos importante. A mediados del siglo XVII, todos reconocían que el navío flamenco estaba mucho mejor artillado que el español, pues, aun con menos bocas de fuego, pero mejor calculadas, situadas y servidas, sus resultados eran, comparándolos con los de un navío español, muy superiores. Obras editadas en Flandes fueron utilizadas a la hora de estudiar las capacidades artilleras de los navíos recién construidos: *Epítome de fortificación y artificios de fuego para arrojar al enemigo, por Alonso de Cepeda, Maestre de Campo General*, Bruselas 1669, o *El perfecto bombardero y práctico artificial por D. Sebastián Fernández de Medrano, Director de la Academia Militar de los Países Bajos*, Bruselas, 1691.

(45) *Ibidem*.

(46) Manuscrito original en la Academia de la Historia. Est. 13, Gr. 5. núm. 631.

(47) Biblioteca de Palacio, Madrid, 5,2, E.H.P. 9.

Así mismo se trajeron de Flandes un buen número de fundidores y operarios que trabajaron en las fundiciones españolas. Unos vinieron contratados por la Corona y otros a establecerse por su cuenta. Los primeros sirvieron de técnicos en las Reales Fundiciones, aplicando sus conocimientos en el perfeccionamiento de la capacidad de fuego de los prototipos españoles o bien implantando nuevos modelos que quedaron incorporados a las ordenanzas hispanas (48).

De hecho, no solamente se aplicaron estas nuevas técnicas artilleras, sino que un buen número de navíos fueron armados con cañones fundidos en Flandes. Un ejemplo de los mismos puede ser uno, sacado del fondo del puerto de Ceuta en el que figura *Lamberto Borgerinck me fecit. Dunkerke* (49) que según hemos podido descubrir recientemente en la actualidad está, tras pasar por la Carraca y el Museo Naval, flanqueando la puerta de la Torre del Oro de Sevilla con la inscripción: *D. Juan Claros de Guzmán, Marqués de Fuentes, Gentilhombre de la Cámara de S. M. y su Capitán General de la Armada Naval de Flandes, 1638*. Algunas de estas piezas aún fueron a parar a América, defendiendo baluartes y castillos, fruto del trasiego de material que, en Indias, se realizaba entre la artillería naval y la terrestre (50).

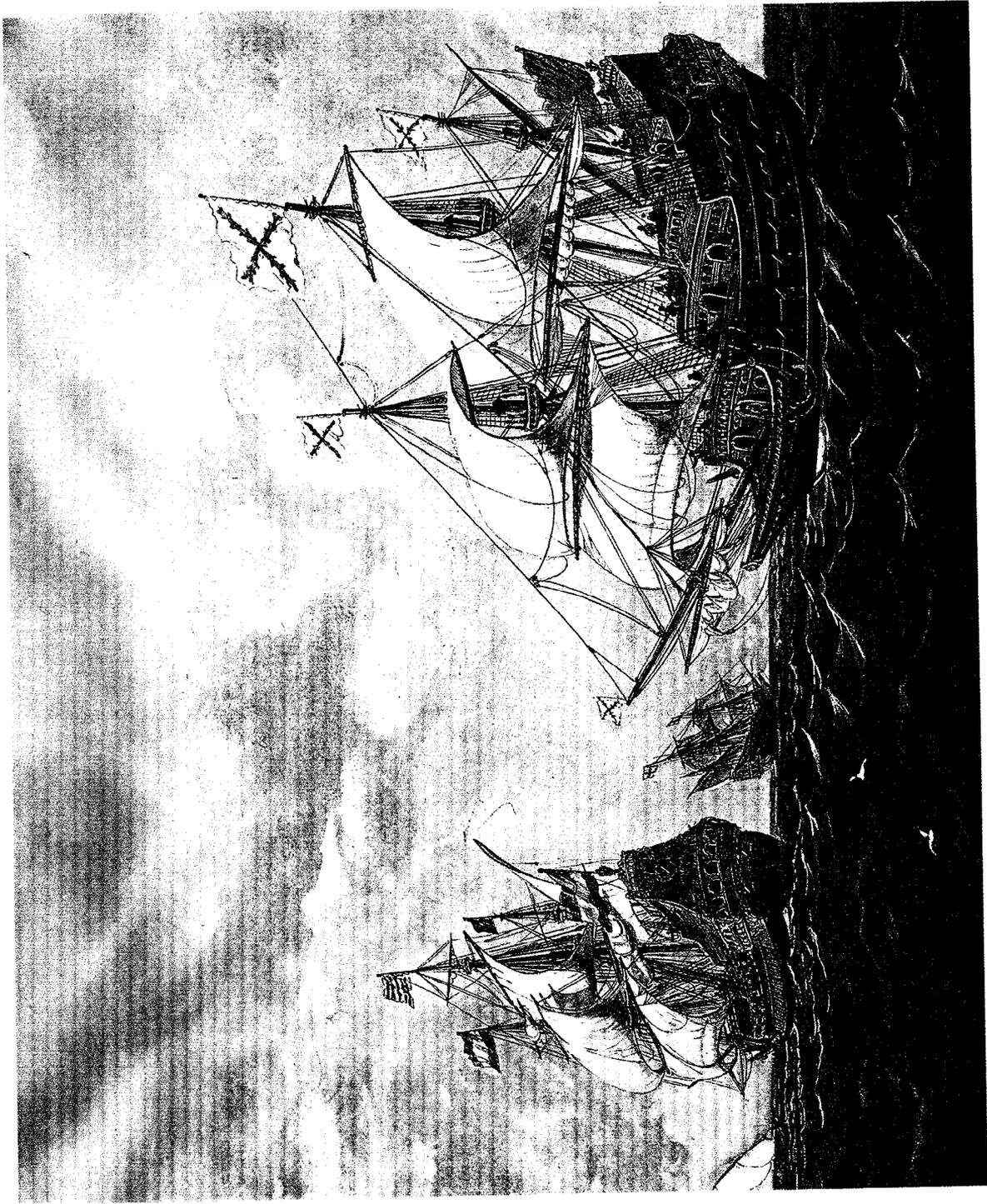
De todas formas, el encarecimiento de la construcción naval a la flamenca que se realizaba en España, frente a la que se hacía en el Norte de Europa, debido, como dijimos, a la importación de materiales, hacía mucho más rentable, en principio, comprar directamente en los puertos flamencos los navíos ya construidos. Y una buena cantidad de los mismos vinieron a parar a la Armada y marina española a todo lo largo del siglo XVII. Y no sólo flamencos, sino también holandeses después de 1660. Fueron muchos los barcos comprados, generalmente fragatas y «urcas», que en mucho ayudaron al tráfico español con el Nuevo Mundo (51).

(48) Véase el artículo de Julio Guillén Tato, «Los operarios flamencos en las fábricas de artillería de Liérganza y la Cabada». Rev. Hidalguía. Madrid, 1954.

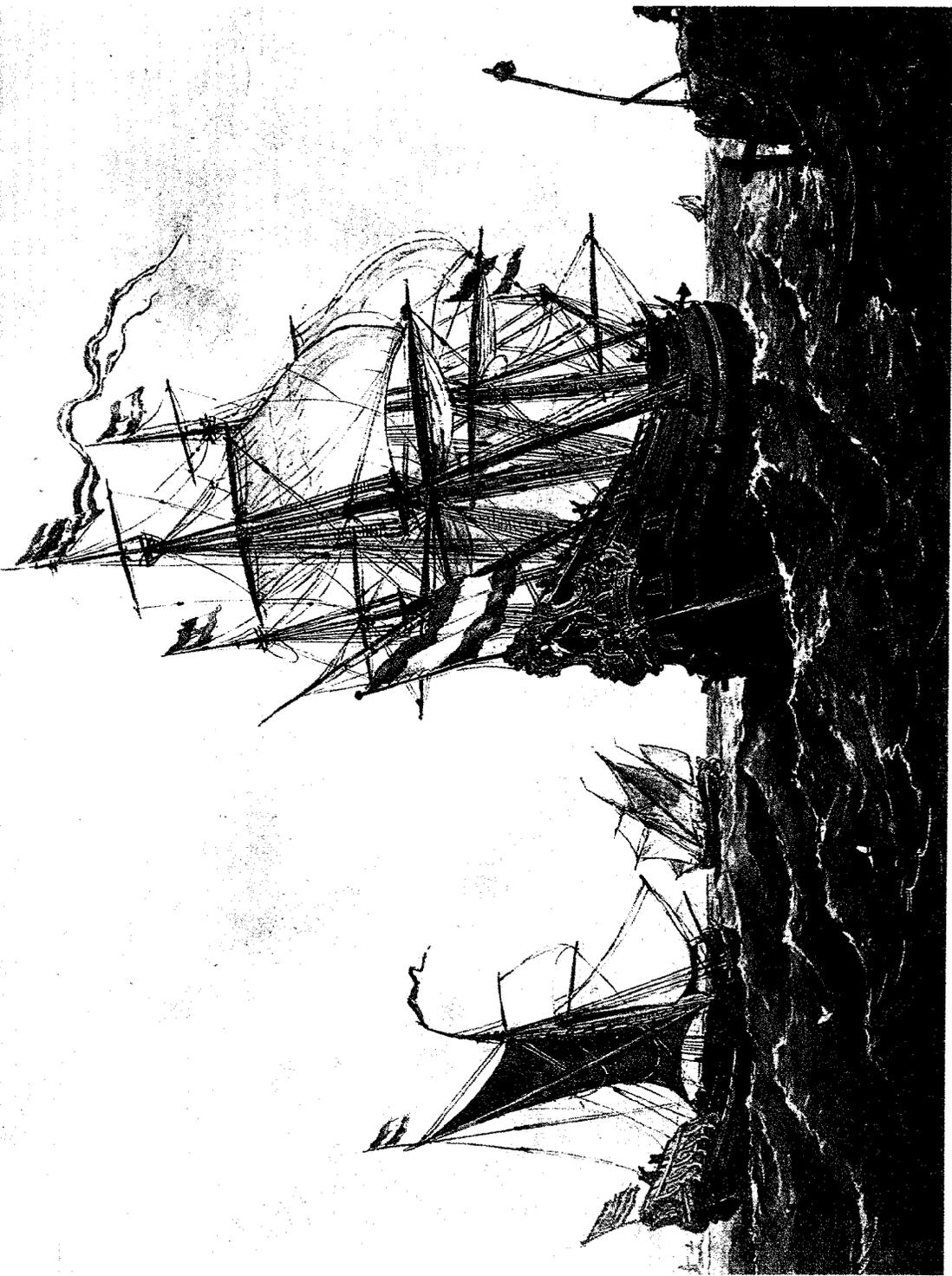
(49) Revista General de Marina. Vol. XIX.

(50) En AGI, Santa Fe, 940, existe, por ejemplo, una lista y descripción de los cañones de bronce que existían en Cartagena de Indias en 1749. Allí aparecen cañones flamencos fundidos en 1630 y 1640 y que todavía estaban en servicio. El caso se repite para otras varias plazas. En concreto a Puerto Rico se llevaron en 1598 piezas de la fortaleza de Blavet, envío del que luego hablaremos.

(51) Fernández Duro indica que estos barcos comprados representaron una cifra respetable del total del tonelaje español del XVII. Ob. cit. Tomo V. Págs. 324 y ss.



Galcones castellanos y holandés. S. XVII (por Montleón). «Cortésia del Musco Naval»



Marina holandesa S. XVII. Galeotas de guerra y mercante, y pequeño navio armado para comercio y corso (por Monteón).
«Cortesía del Museo Naval»

No todos los barcos flamencos que actuaban con bandera española eran comprados. También los hubo cedidos, o alquilados o *puestos al servicio de S. M.* por personas o corporaciones flamencas de resultas de algún contrato firmado con la Corona. Fernández Duro aporta una lista respetable de *Urcas flamencas* entre el total de la Armada española del XVII (52). En la Armada del Océano, Flandes cooperaba como provincia del Imperio con 20 navíos y sus respectivas dotaciones (53). En definitiva, una presencia naval importante la de Flandes en la Marina española del XVII, sin contar con la actuación del Almirantazgo del Norte con base en Dunquerque del que luego hablaremos.

Y esta participación flamenca en la marina española no cesó a finales del XVII. Lo que si se produjo fue una reacción española ante determinados problemas que este siglo de modelos flamencos había traídos aparejados sobre la construcción naval hispana. Bartolomé Garrote, en su *recopilación para la nueva fábrica de Bajeles españoles...* de 1691 (54), comienza a hacer valer los principios propiamente hispanos en la construcción naval ante los tipos del Norte de Europa. Tras exponer cómo la influencia extranjera ha sido fundamental, olvidando los modelos tradicionales, expuestos entre otros por Thome Cano en su *Arte de fabricar naos*, Sevilla 1611 (55), pasa a criticar esta influencia flamenca, proponiendo *una nueva fábrica* para los navíos de S. M., más a lo español, y *que excuse de que los holandeses y flamencos nos vengan a engañar con navíos de oropel, que no tienen más que primera vista, y que el primer año que se carenan es necesario gastar en ellos tanto como costaron de principal* (56). El Dr. Plablo E. Pérez Mallaina (57) estudia con especial detenimiento todo el problema de la construcción naval española de finales del XVII y principios del XVIII, denotando la gran influencia que todavía en estas fechas tiene

(52) Duro. b. cit. Tomo LLL. Pág. 163.

(53) Duro. b. cit. Tomo IOV. Pág. 10.

(54) Biblioteca Nacional, Madrid. Mss. 2374.

(55) Museo Naval. Madrid. Un interesante trabajo sobre todo este tema de la tradición naval española es el de Gervasio Artiñano y Galdácano, «La Arquitectura naval española en madera. Bosquejos de sus condiciones y rasgos de su evolución». Barcelona, 1920. Precisamente para corregir esta excesiva dependencia de Flandes en lo referente a maderas, se hizo un proyecto (AGI. Indiferente General. 2740) sobre construir unos astilleros en Gibraltar, debido a la gran cantidad y buena calidad de la madera existente en su zonas limítrofes (Serranía de Ronda).

(56) En un manuscrito de Garrote de 1690, citado por Pablo Emilio Pérez-Mallaina-Bueno en «La política naval española en el Atlántico. 1700-1715», Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla. A este autor debemos innumerables noticias sobre el estado de la marina española en este período.

(57) Ibidem.

la técnica holandesa y flamenca, no sólo por la gran cantidad de barcos que aún se compran contruidos en el Norte de Europa, sino por la importación de tecnología naval procedentes de estas áreas (maderas, jarcias, palos, velamen...) utilizando prácticamente la misma red de intermediarios del siglo XVII. Sus cálculos sobre el alcance de estas importaciones son bastante elevados, ya que de los 61.000 pesos que venía costando un navío de 60 cañones, entre 1700 y 1715, aproximadamente 17.000 pesos se gastaban en productos procedentes de Holanda y Flandes, es decir, el 27 por 100 del total del buque. Y si esto era a principios del XVIII, no será difícil hacernos una idea de lo que debió representar a mediados del XVII la participación flamenca en la construcción naval española.

Aparte este aspecto, Flandes tiene una interesante repercusión en el contexto de la marina española del XVII a través de lo que se denominó el *Almirantazgo del Norte* o *Escuadra de Dunquerque*, tema este de una extraordinaria importancia y que tan mal ha sido estudiado hasta nuestros días. Este Almirantazgo o esta Escuadra española en Flandes significó todo un intento serio por parte de la Corona española de mantener abiertas las comunicaciones marítimas España-Flandes a la vista de los informes del Duque de Osuna.

Y es que, como indica Domínguez Ortiz (la guerra de Flandes en el siglo XVII, y más aún desde 1621, era una guerra nueva y tenía poco que ver con la mantenida contra el Príncipe de Orange (58). La guerra dejó de ser casi exclusivamente terrestre y la Armada se transformó en un instrumento fundamental, debido, pensamos, a dos razones: una, la ya comentada siempre inminente ruptura del *camino español* y otra el creciente poderío holandés en el mar, que era necesario combatirlo en su medio. Era básico conseguir un paso hacia el Báltico y bloquear a los holandeses en sus puestos, pues como se lee en varios informes que se envían desde Flandes, hay que *asestar un golpe fuerte en la cabecera de su poder, en la cabecera de su comercio*. Así era muy importante montar una infraestructura naval en los puertos flamencos, mantener abierto el Canal y hacer todo el daño posible a los navíos de las compañías holandesas que regresaban con productos de Indias o de Oceanía. Para ello se utilizaron dos sistemas: la creación del Almirantazgo del Norte y el Corso.

El Almirantazgo del Norte nace como la *Escuadra de Dunquerque*, inaugurándose con el siglo XVII, con un total de cuatro

(58) Domínguez Ortiz. Ob. cit. Pág. 376.

navíos de mediano porte, tripulaciones flamencas y capitanes del mismo país, ayudados por una serie de corsarios particulares que se encargarían de crear el caos a la entrada de los puertos de las Provincias Unidas (59). Sin embargo, el sistema no funcionó excesivamente bien y en 1604, por R. C. del 4 de octubre, Felipe III creó el Almirantazgo del Norte, con base en Dunquerque y cuya finalidad era *facilitar el comercio de las Provindias Obedientes con las de la Península y apresar, tomar y confiscar las embarcaciones, mercaderías y efectos de los países rebeldes y enemigos* (60). Como puede observarse, una mezcla de corso y Marina Real, en cuanto que lo se pretendía era yugular el comercio holandés sin utilizar navíos del Rey sino buques de particulares bajo bandera española como si fueran Navíos Reales. Este Almirantazgo estaría regido por siete personas, *sobre las bases de jurisdicción civil y criminal cual la ejerce la Casa de la Contratación de Sevilla* (61), ofreciéndose además ventajas comerciales para los participantes, en cuanto podían tener acceso a la Lonja sevillana. De estos siete regidores, podían ser flamencos casi todos y tan sólo debían ser presentados en terna por la autoridad española en Flandes para ser nombrados almirante y vicealmirantes. La obligación total del Almirantazgo flamenco consistía en mantener y sostener 24 navíos con un total entre seis y siete mil toneladas, *armados en guerra*.

Como era de esperarse, este híbrido entre Marina Real y grupo de corsarios, no acabó funcionando bien y es definitivamente, y bajo la presión directa de Olivares, cuando el 4 de octubre de 1624 se dictan las Reales Ordenanzas que instituyen el *Almirantazgo de los comercios de los países obedientes de Flandes y Provincias Septentrionales con la Provincia de Andalucía y Reino de Granada y particularmente con los congregados en la Hermandad y Capilla de San Andrés de la ciudad de Sevilla, con nombre de la nación flamenco y alemana* (62).

Esta vez la situación era mucho más clara. Se establecía una especie de pacto económico entre los capitales flamencos y la Corona española, de manera que aquéllos aprestarían y mantendrían 24 navíos en perfecto estado de guerra, abonando, integra-

(59) Duro. Ob. cit. Tomo III. Pág. 229.

(60) «Documentos relativos a la creación del Almirantazgo del Norte». Biblioteca de Palacio, Miscelánea. CXXV. Fol. I.

(61) *Ibidem*.

(62) Duro. Ob. cit. Tomo IV. Pág. 11.

mente, los sueldos a los tripulantes y oficiales, a cambio de participar del comercio sevillano. Los corsarios quedaban atendidos de otro modo, mediante unas ordenanzas que se dictaron el 12 de septiembre de 1624: *Patente y Ordenanza de Corso para atacar navíos de enemigos así de turcos y moros como de mis rebeldes de las islas de Holanda y Gelandia y hacerles la guerra* (63).

Esta Escuadra de Dunquerque, sin embargo, actuaría bajo banderas reales exclusivamente, aunque, en caso de presa, participaría su producto en la financiación de la flota, convirtiéndose éstas en un aliciente para efectividad de los 24 buques y sus tripulaciones.

Este sistema, además, servía para contentar las pretensiones flamencas en materia comercial, expuestas por Alberto Struzzi, Gentilhombre de la Serenísima Infanta Doña Isabel, en un manifiesto titulado *Diálogo sobre el comercio de estos reinos de Castilla* que tuvo que tener aceptación, pues las contrapartidas que ofrecían eran del todo interesantes para los intereses y la hacienda de su Majestad el Rey de España (64).

En cuanto a su organización, sería idéntica a la de 1604, con siete regidores e igualmente con numerosa participación flamenco en los cargos de almirantes y vicealmirantes. La mayoría de los capitanes y casi todas las tripulaciones eran flamencas. Esta Escuadra de Dunquerque comenzó a funcionar el año 1624, como con ansia de mar y logró, en poco tiempo, tanta fama que era considerada como una de las secciones más importantes de la Marina Real española. No escaseaban ni sueldos ni pertrechos y la calidad de los navíos fue excelente. A ello se unió la enorme cantidad de presas que comenzaron a realizar, lo que aumentaba considerablemente el tesón de aquellos marineros flamencos por acosar el comercio holandés. Las tripulaciones eran selectas, expertos del arte de navegar y, se comentaba en Madrid que los navíos eran mucho mejores que *los que S. M. tiene en la Escuadra del Océano* (65). De aquí venía el interés, como antes explicamos, por copiar los modelos de navíos flamencos, de poca borda, buena capacidad de fuego, rápidos, maniobreros, que destrozaban con pasmosa facilidad a los pesados mercantes holandeses, que si bien podían ser ágiles a media carga, repletos, como venían de Brasil o Molucas, eran presa codiciosa en manos de estos buques de Dunquerque. La cotización de estos productos capitales en los mercados de Amberes,

(63) AGI. Indiferente General. 2740.

(64) Colección Navarrete. Tomo XII. Museo Naval. Madrid.

(65) Duro. O. cit. Tomo IV. Pág. 405.

aumentaban las ansias de estos marinos por volver a la mar. Su zona de actuación no estaba limitada al Cabal ni al Mar del Norte, sino que se extendían, bajando hacia el Sur, hasta el cabo San Vicente. Su primer Almirante fue Fermín de Anduesa y Lodoa, a quien siguió Juan Claros de Guzmán, hermano del Duque de Medina Sidonia, desde 1635. En esta segunda etapa, sus actuaciones aún fueron más brillantes, si cabe, tanto que hasta Pellicer, en sus *Avisos históricos*, da buena cuenta de ellos, anotando cada presa o batalla importante y calificando de invencibles a las *fragatas de Dunquerque* (66). Junto a sus tareas habituales de destrozar el comercio holandés y francés, eran los encargados de llevar a Flandes soldados y dinero para pagar el Ejército de los Países Bajos, manteniendo abiertas las comunicaciones tan vitales cuando se cerró el camino español por tierra. Pero hay que tener en cuenta que eran tan solo 24 navíos los que debían entenderse con toda la escuadra francesa y holandesa, tarea, como es de imaginar, nada fácil. Hay documentos interesantes sobre la vida a bordo de esta escuadra, como *Relación del viaje que ha hecho la Armada Real que S. M. tiene en estos Estados de Flandes en este mes de agosto de 1635, llevándola a su cargo el Sr. D. Juan Gavarelli, superintendente de ella* (67). De sus capitanes, algunos se transformaron en personajes de leyenda, como Jaques Collart, flamenco (68) y otros muchos obtuvieron altas graduaciones, como Marcos Van Oben o Cornelius Meyne. Un almirante famoso, flamenco también, fue Iudocus Peeters, conocido como *Júpiter*, convertido en héroe por sus presas y asaltos a buques de mucha mayor envergadura que los suyos. A finales de la década de los treinta, las fragatas de Dunquerque eran conocidas como las *reinas del mar* (69) y sus rutas preferidas para cortar el comercio holandés eran Amsterdam-Venecia, el Cantábrico, donde esperaban los navíos de la Compañía de las

(66) Avisos del 17 de junio 1742. *Anotación sin duda exagerada pero propia del momento, ya que ante tanto descalabro, como los de los años 1640-42, las victorias de las fragatas debían ser las casi únicas noticias favorables que procedían de Flandes* De todas formas no estamos de acuerdo con Geoffrey Parker que, en su obra ya citada, indica que «la flota de Dunquerque no contribuyó gran cosa a ganar la guerra» (pág. 38). Su aportación al mantenimiento de las comunicaciones fue fundamental para el Ejército de Flandes. 24 navíos no podían hacer nada, de todas formas, más que la escuadra holandesa y francesa. El mismo Parker afirma que en el período 1626-34, tanto estos buques reales como los corsarios que les ayudaban perdieron tan sólo 120 navíos frente a los 1835 que hundieron o capturaron (pág. 39). La proporción no puede ser más favorable. Lo que sucede es que, como indicamos, este tema necesita una más profunda investigación.

(67) Memorial Histórico español. Academia de la Historia. T. XIII. Pág. 271.

(68) Relación de Méritos en el Memorial Histórico español. T. XIV. Págs. 59 y 167.

(69) Duro. Ob. cit. Pág. 411.

Indias Occidentales, el Canal, malogrando el nexo Francia-Amsterdam, o asolando las pesquerías del arenque en el Mar del Norte.

En 1637 se hizo otro puerto para la Escuadra en Gravelinas, pues Dunquerque, conocedores franceses y holandeses del peligro que representaba para su comercio, era continuamente asaltado aunque sin consecuencia. De esta manera, Gravelinas y Dunquerque se convirtieron en el objetivo más importante de la guerra contra España en el Norte de Europa.

Sin embargo, y es revelador este dato para hacernos una idea del caos administrativo español del siglo XVII, en las ocasiones en que la Escuadra de Dunquerque operó en el Mediterráneo, no brilló precisamente por su eficacia. Las razones son bien sencillas: ni recibían sus sueldos con la puntualidad a la que estaban acostumbrados en Flandes, ni recibían los suministros necesarios, en cuanto que entraban a formar parte, aunque temporalmente, de la escuadra del Océano. Sus campañas en Mórmara y Nápoles no son nada significativas. Habría que añadir a las causas sobredichas el que faltaría, si no totalmente, sí en buena parte, el aliciente de las presas. También actuaron en la campaña de Portugal cuando la sublevación, controlando el litoral portugués, unida a la flota del Océano, y tampoco aquí su actuación fue especialmente meritoria, con lo que podemos concluir que desde el momento en que las fragatas de Dunquerque se desvinculaban por algún tiempo de sus puertos-bases y entraban en el circuito normal de sueldos y pertrechos español, perdían una buena porción de su efectividad característica (70).

De todas formas, no todo fueron victorias. En las Dunas, buena parte de navíos de la Escuadra de Dunquerque sufrieron un serio revés, como incendios de una flota bajo la dirección de Antonio de Oquendo, cuando fue seriamente castigada por el almirante Thomp. Según Duro, se explica porque llevaba 6.000 soldados para Flandes y éstos eran *gente forzada* que no debió aprestarse para el combate como era de esperar, «gente nueva y desnuda, entre los que cundió el pánico en cuanto sonaron los primeros cañonazos (71). John Elliot indica que en la batalla de las Dunas se puso fin a todos

(70) Lamentablemente, este tema está, como indicamos, sin estudiar y tan sólo algunos autores aportan datos de interés. Fernández Duro, tan abundante de detalles en tantas ocasiones, tan sólo apunta sus actuaciones en Portugal con mínimas observaciones (Tomo IV. Pág. 259). Igual sucede con la presencia de la Escuadra en el Mediterráneo (Tomo IV. Pág. 414).

(71) Duro. Ob. cit. Tomo IV. Pág. 205-255.

los esfuerzos de Olivares por mantener una flota en el Norte (72), aunque no fue la cosa tan grave, ya que al año siguiente la Escuadra de Dunquerque continuaba casi normalmente sus actividades en el Canal. Pero sí fue una seria advertencia para que Madrid se hiciera cargo de que las comunicaciones Península-Flandes estaban a punto de romperse definitivamente. Pellicer también se hace eco de la batalla en los *Avisos del 27 de marzo de 1640*, indicando que se perdió la Armada de Oquendo *por falta de buen gobierno*.

El final del Almirantazgo comienza cuando, en 1644, Francia toma Gravelinas, y poco después cae Dunquerque, en 1646, desmantelando los galos las instalaciones portuarias y deshaciendo la infraestructura que utilizaba la Escuadra. Finalmente, Cromwell y Francia, en 1657, pactan contra España y atacan conjuntamente Dunquerque en 1658, arrinconando allí y venciendo, como dice Domínguez Ortiz, a *un maltrecho y sin posibilidades de recibir refuerzos, Ejército flamenco-español al mando de Juan José de Austria*» (73). Era el final de medio siglo de actuaciones de una Escuadra que fue importante y famosa en su tiempo. Tras el desmantelamiento de los puertos-bases, los navíos sobrevivientes fueron incorporados con sus tripulaciones a la Escuadra del Océano, continuando en ella sus servicios y perdiéndose la pista a cada uno de los buques que tantos servicios prestaron al Rey español.

No podíamos cerrar este análisis sobre la influencia flamenca en la marina española de los siglos XVI y XVII sin detenernos en lo que fue, probablemente, el nervio de la institución naval española en estas centurias. Nos referimos a la Carrera de Indias. La ruta España-Indias, el «leit motiv» de la mayor parte de los esfuerzos de la Corona en el terreno naval, su consecución y conservación, fue también terreno de actuación de flamencos, a nivel corporativo, institucional o individual y, por la importancia de la misma, merece ser destacada. El tema está igualmente muy poco estudiado, y, a nivel sociológico, merecería un detenido análisis, puesto que, durante tres siglos, el Imperio Español se basa en que sus buques vayan y regresen de la Península a Indias con cierta continuidad y eso sólo podían lograrlo unas instituciones y unos hombres que quedaron englobados dentro de la llamada Carrera de Indias. Manuel Babío Wall (74), está trabajando desde hace algunos años en el

(72) Elliot, John. Ob. cit. Pág. 372.

(73) Ver Duro. Ob. cit. Tomo IV. Págs. 411 y ss., y D. Ortiz. Ob. cit. Pág. 399-400.

(74) En su tesis de Licenciatura analizó el marco geográfico e histórico, «El río Guadalquivir en el S. XVI» y ahora en su Tesis Doctoral «Los hombres de mar en la Carrera de Indias», pretende realizar un estudio sociológico e institu-

Archivo de Indias en torno a este tema y sus resultados están arrojando una enorme cantidad de datos al respecto que, sin duda, serán de un extraordinario interés en cuanto nos permitirán hacernos una idea del componente humano que participaba en esta aventura cotidiana y esencial para el desenvolvimiento del Imperio.

La presencia de flamencos en la Carrera de Indias se denota en tres polos fundamentales: como artilleros o encargados del fuego de los buques, como financiadores de expediciones, armadas o flotas y como abastecedores de efectos navales, necesarios para el apresto de los navíos.

Esta presencia, que, en el triángulo Sevilla-Huelva-Cádiz se detecta desde finales de la Edad Media, se agudiza lógicamente con el auge comercial tras el descubrimiento de América. Cuantitativamente, los flamencos vienen ocupando en el siglo XVI y primer tercio del XVII, un porcentaje del 3,25 por 100 del total analizado por Babio Wall (11.500 hombres de la Carrera) y que, a lo largo del período estudiado, se mantienen entre el 0,7 por 100 de 1600-1625 y el 7,2 de 1525-1550 (75):

1492-1500	1	%
1500-1525	2,3	%
1525-1550	7,2	%
1550-1575	4,8	%
1575-1600	3,7	%
1600-1625	0,7	%

Probablemente el descenso de la segunda mitad del siglo XVI se ha de deber a los decretos de Felipe II que prohibían trabajar a los extranjeros si no se naturalizaban, y estos eran casos contados, si no interesaban a la Corona. Los únicos a quienes se permite que den trabajando en la Carrera sin carta de naturaleza son a aquellos especialistas contratados desde Flandes para alguna tarea específica.

cional. A él le debo parte de las indicaciones que me han permitido completar este aspecto.

(75) Aunque en el S. XVI se va a aplicar el término «flamenco» a casi todo el extranjero procedente del norte de Europa, Manuel Babio Wall ha podido desglosarlos en sus auténticos orígenes geográficos a través de la localización de sus ciudades de mejoramiento. Así, pues, en estas cifras, los flamencos que aparecen son exclusivamente los Oriundos de los Estados de Flandes.

Por otro lado, no solamente hay flamencos en áreas de mantenimiento o construcción naval, sino que, en el Tercio de Armada (76), nos aparecen igualmente personas oriundas de Flandes embarcadas en calidad de infantes o casi todos como artilleros de cubierta. Baste un ejemplo: entre la gente de guerra en la Armada de Sancho de Viedma (77) en 1551, distribuidos por compañías, nos aparecen una serie de flamencos, que porcentualmente son:

— Compañía del Capitán Antonio de Viedma	4,5 %
— Compañía del Capitán Pedro Díaz del Castillo	1,2 %
— Compañía del Capitán Diego Hernández de la Perruela.	0,4 %
— Compañía del Capitán Pedro de Poblaciones	1,3 %
— Compañía del Capitán Pedro Xuárez de Castilla	2,7 %
— Compañía del Capitán Pedro de Ribera	1,5 %

media inferior, por tanto, a los flamencos ocupados de oficios específicamente navales. Sin embargo, la participación es relevante hasta cierto punto, y comparable con la aportación de muchas regiones de la propia Península Ibérica.

Volviendo ahora a los flamencos situados en la Carrera, la mayoría de los mismos están encargados o relacionados con la artillería. Andrés de Espinosa, que está enseñando el oficio de artillero en Sevilla a principios del XVI, dice que *a causa de ser corto el salario que os está señalado y valer muy caras todas las cosas en la dicha ciudad no os podéis entretener en ella* (78). El problema estaba en que con los salarios abonados, aprender el oficio de artillero era prácticamente imposible y mucho menos enseñarlo, con lo cual «los flamencos vienen ya con el oficio aprendido y es causa de pérdida para los naturales...» (79). La Casa de la Contratación mantenía un «libro de artilleros examinados», en el que anotaron muchos flamencos naturalizados que había pasado las pruebas y demostración de *atirantar el bronce, cargar, cebar, disparar y limpiar el arma*. Evidentemente sería prolijo relacionar aquí los flamencos dedicados a estos menesteres. Simplemente indicar que eran muchos y que se dedicaban fundamentalmente a tres actividades:

(76) Llamábase Tercio de Armada a la tropa de infantería y artillería que se embarcaba en los navíos de Armada de la Carrera y con la única finalidad de proteger la flota mercante. Curiosamente, hasta la propia estructura de este Tercio de armada tiene bastantes connotaciones con el tema que nos ocupa.

(77) AGI. Contratación. 2926.

(78) AGI. Indiferente General. 2495.

(79) *Ibidem*.

- Condestables, o encargados del cuidado, apresto y buen funcionamiento de las armas pesadas, y, a veces, de la dirección de tiro del navío.
- Lombarderos; oficio específico de disparador y cebador de cañones, así como piezas menores, como los famosos falconetes de borda. Ese título de lombardero proviene más de la acepción antigua de artillero que de que disparase lombardas en realidad (80).
- Armeros; cargo éste muy ocupado por flamencos desde 1583, cuando se obliga, por Real Cédula del mismo año a que cada barco lleve uno: *que no se ocupe en otra cosa sino en limpiar las armas que lleve esa dicha nao para que en todo tiempo se pueda aprovechar de ello, el cual ha de ser naturalizado de estos reinos* (81).

Muchos de estos operarios no solamente concurrían a la Carrera con un buen saber su oficio, sino que en ocasiones, traían instrumentos propios de su profesión y que significaron también un avance en la ciencia artillera naval española: medidores de distancia, cebadores, alzas para las piezas, medidores de pólvora, calibradores, etc., con los cuales no tenían rival entre los artilleros españoles y, quizás por eso, fueron muy apreciados a la hora de embarcarlos en los navíos más importantes.

Tampoco podemos olvidar a aquellos artesanos del cañón que vinieron a Sevilla y su entorno a fabricar pólvora y fundir armas. Los famosos Morel, toda una saga, fundadores de la que luego sería Real Fábrica de Artillería de Sevilla, probablemente eran flamencos, aunque su origen está aún sin investigar a la perfección (82).

Otro sector característico de la actuación flamenca son los que de alguna manera colaboraban en la financiación de un interés extraordinario.

Nos resta, por último, una serie de flamencos encargados del apresto e importación de determinados efectos necesarios para la Flota: los abastecedores de material e instrumentos. Muy relacio-

(80) Almirante, José. «Diccionario etimológico Militar». Imp. del Depósito de la Guerra. Madrid, 1869.

(81) AGI. Contratación. 1020.

(82) Ocaria, Enrique «Apuntes para la Historia de la Fábrica de Artillería de Sevilla». Santa Bárbara. Madrid, 1972.

nado con lo que ya comentamos sobre la dependencia de la marina española de los técnicos flamencos, este envío de útiles, desde velamen de algodón, lanas y fibras vegetales de Etaplés, atacadores, tacos, limpia almas, útiles de acero desmontables, etc., fue prácticamente constante a lo largo de los dos siglos.

Los instrumentos de navegación se importaban porque por su precisión era mucho mayor que la de los contruidos en España. En algunas ocasiones se importa igualmente armas de fuego también de calidad, bronces fundamentalmente; pero, sin duda, lo más característico eran los útiles y materiales de construcción naval. Hasta 1560 toda esta serie de útiles de apresto se mantenía tan solo bajo cierto control de importación, pero después de esta fecha, cuando se prohíbe que se traigan materiales extranjeros sin licencia, aparecen los proveedores de armadas, que organizan todo este trasiego de material desde Flandes. Generalmente se traía el material en bruto y se trabajaba en Levante, fundamentalmente para jarcias, cuya fibra vegetal flamenca se embreaba en la costa española. Los clavos de cubierta normalmente eran flamencos, importándose por centenares. Es decir, todo un conjunto de materiales, personas, técnicas, etc., que nos vienen a indicar cuán importante fue la presencia flamenca en la Carrera de Indias y, en general, como hemos visto, en la Marina española de los siglos XVI y XVII.

III. LA GUERRA DE FLANDES Y LA FORTIFICACION ESPAÑOLA

Dadas las características de la Guerra de los Países Bajos, el arte de la fortificación tuvo una importancia capital en el desarrollo de los acontecimientos, al mismo tiempo que este amplio período de luchas, hizo evolucionar profundamente las concepciones ofensivo-defensivas del arte militar europeo. El modelo más común utilizado desde el principio de la guerra, la traza italiana (baluarte, foso, contraescarpa y trazados perfectamente estudiados) fue una auténtica revolución en cuanto que prácticamente hacía inespugnables los recintos fortificados, tanto ante el asalto de la infantería, como ante los disparos del cañón. El viejo modelo de fortificación a la antigua, de altos pero delgados muros, fáciles de derribar con minas o a cañonazos, dejó paso a las cortinas de poca altura pero robustas y fabricadas en piedra con revestimientos de ladrillo y torta de argamasa, para evitar las fracturas que en el muro producían las balas que *hacen mucho estrago por las aspillas*, por lo

que es muy dañosa la piedra en los merlones y con las mismas balas se pierde mucha más gente (83). Este sistema, llamado en América *caracolejo* (84) disminuía el coste y aumentaba el rendimiento de las fortificaciones a la vez que acortaba los plazos de construcción.

También producto de la escuela italiana, el baluarte, se va a desarrollar desde el siglo xv, pero no será hasta el xvi cuando adquiriera toda su importancia. El baluarte es quizás el avance técnico que más innovó el arte de la fortificación en la Edad Moderna; puesto que con él se inaugura la *fortificación* a la moderna o *fortificación abaluartada*, pretendiéndose que todo el recinto se comporte de un modo orgánico, *para que las partes más expuestas a la acción de las armas del sitiador, y que estas partes flanqueadas fuesen al mismo tiempo flanqueadas* (85).

Todo ello, aplicado sobre un territorio tan característico como son los Países Bajos, produjo una serie de particularidades en el arte de la fortificación que tuvieron, posteriormente, una extraordinaria influencia. El gran número de ciudades y villas expuestas a ser atacadas, la red de canales, los pasos e intersecciones de los mismos, los puertos, tan necesarios como vimos en el apartado anterior... todo era susceptible de ser fortificado en función de la importancia que tenía, no sólo de por sí, sino por las consecuencias que acarrearía el que fueran conquistados por el enemigo. Flamencos, holandeses, españoles y franceses, van a tener en la guerra de Flandes oportunidades más que sobradas para aprender, perfeccionar y desarrollar los sistemas de fortificación y, en general, las técnicas de ingeniería.

Desde principios del xvi, toda Europa se ve envuelta en la fiebre de la fortificación. Desde el momento en que se descubre que con el nuevo sistema de traza italiana cualquier ciudad puede convertirse en una fortaleza semi-inexpugnable, muchas villas se lanzan a esta tarea, más aún si estaban situadas en zonas de frontera. Ello acarreó un cambio total en la propia concepción urbanística de la Europa del momento (86), en cuanto que los perímetros y líneas

(83) AGI. Santa Fe. 457 y AGI. Santa Fe. 938. Informe del Ingeniero de Cartagena de Indias Juan de Herrera y Sotomayor.

(84) *Ibidem*. Mezcla de ladrillo y tierra pisada.

(85) Sebastián Fernández de Medrano, «El Architecto perfecto en el Arte Militar». Bruselas, 1700.

(86) Vries, Jan de. Ob. cit. Véase el capítulo dedicado al urbanismo. Pág. 154 y siguientes.

de circunvalación de las ciudades impedían, muchas veces, su propio crecimiento. Pero todo precio era bajo con tal de conseguir seguridad para sus moradores.

Francisco I fortificó toda la frontera francesa con los Países Bajos que, como dice Parker, fue una especie de línea Maginot, aunque de casi nula efectividad. Carlos V no tardó en imitarle, fortificando a su vez algunas localidades del sur de Flandes, más toda la frontera oeste de sus posesiones italianas frente a Francia. Es decir, que este auge de las fortificaciones, que, como hemos dicho, caracteriza todo el siglo XVI y buena parte del XVII, tiene para el arte militar, una repercusión fundamental: utilizando un axioma de la época, la defensiva se ha impuesto a la ofensiva. Y realmente así fue, en cuanto que lo más práctico era aguantar tras los muros de las plazas y forzar a que fuera el enemigo el que se destrozara poco a poco intentando batir baluartes, ciudadelas y recintos. Ello motivó además, la ausencia de batallas campales al estilo antiguo, con grandes empleos de caballería, y la guerra se limitó a sucesión de sitios, cercos, asaltos y defensas a estas plazas fuertes sin que una batalla pudiera solucionar una guerra. Esta no estaría terminada hasta que cualquiera de los contendientes no hubiera ocupado la mayoría de las fortalezas de su enemigo. Una especie de ajedrez gigantesco que consistía en irle tomando piezas al adversario hasta dejarle prácticamente sin ninguna.

Pero, como indicamos, no solamente se fortificaban ciudades, sino que los canales, los diques, los puentes más importantes o los caminos, eran también objetivo de este ansia constructiva. Y, además, las fortificaciones se hacían con relativa rapidez. El *forte di Fuentes*, levantado por los españoles a la entrada de la Valtellina y estudiado por Giussani, fue construido en un brevísimo espacio de tiempo. Las grandes defensas de las ciudades, costosas sí, pero efectivas, también se levantaron en pocos años. Pedro de Luze uno de los grandes expertos en fortificación del siglo XVIII (87) indica que *el primer modelo de los buenos baluartes se tienen en la ciudadela de Amberes en 1566* y que, aunque era de nueva planta, en general la ciudad se había fortificado en poco tiempo cambiando torreones por baluartes.

La artillería no podía con los baluartes. A pesar de las grandes concentraciones de fuego que conseguían holandeses o españoles en

(87) «Principios de Fortificación». Imprenta Tomás Piferrer. Barcelona 1772. Página 9.

sus mutuos asaltos, al final, el asedio por hambre venía a resultar la única solución para tomar una plaza. El ejército sitiador había de armarse de paciencia y de buenos dineros y esperar que los de dentro optaran por la rendición. Ello detuvo el ritmo de la guerra, como es lógico, y, además, dispersó notablemente los esfuerzos de uno y otro, en el sentido de que no podían distraer muchas tropas en una operación de sitio a una plaza enemiga desguarneciendo las propias, pues el contrario podía atacarlas a su vez. Muchas veces se ganaba una fortaleza al mismo tiempo que a doscientos kilómetros se perdía otra. Con los canales sucedía igual. Se cruzaba, con muchos esfuerzos, uno de ellos, mientras el enemigo cruzaba otro por un flanco. A ello se debía el que fuera común en Flandes la afirmación de que *son necesarios dos ejércitos* (88), uno para atacar y otro para detener las maniobras del enemigo, sin contar, por supuesto, las numerosas guarniciones que tenían que estar custodiando las plazas propias. Ello disparaba, como es lógico, los costos, pues era necesario tener mucha gente movilizada, vestida, pagada y avituallada. Nadie estaba a salvo de entrar en un combate en cualquier momento, puesto que dominar totalmente el espacio era sumamente difícil (89).

Los cercos fueron, pues, el pan de cada día y, aparte las fortificaciones, el desarrollo que tuvieron los estudios y análisis sobre sitios, fue también importantísimo. Ante la imposibilidad de batir los bastiones de las plazas, había que sitiar, pero tan perfectamente debía realizarse esta operación, que las posibilidades que tenía el que cercaba de evitar el socorro de la plaza eran pequeñas, pues había que:

a) Cercar completa y totalmente, ya que por cualquier lugar podían ser enviados refuerzos.

b) Fortificar el cerco en la cara que mira a la plaza para evitar salidas en busca de socorro a la vez que defenderse del continuo fuego artillero que desde los baluartes se hacía contra estas construcciones efímeras.

(88) «Si nosotros sacamos en campaña un Ejército de 40.000 hombres, ellos sacan otros tantos y más, con que nos impiden el hacer progresos; y si queremos pasar un canal con todo el grueso, ellos nos pasarán otros; si sitiámos una plaza nos sitiaron otra, de suerte señor, que para hacer y obrar bien en esta guerra, es necesario tener dos Ejércitos». Carta del Marqués de Aytona a Olivares, 17 junio de 1631. Citado por Parker. Ob. cit. Pág. 54.

(89) Es curiosa esta circunstancia, habida cuenta de que el terreno de operaciones no era muy extenso. Pero las dificultades que éste ofrecía, con ríos y canales diques y fortalezas, eran realmente grandes.

c) Evitar que el sitiado rompiera algún dique e inundara el terreno circundante a la plaza para que ningún tipo de embarcación pudiera acceder a ella y socorrerla. En caso de plaza a orilla de río, éste debía ser dicado o, al menos interrumpida su navegación mediante puentes o baterías en sus orillas.

d) Fortificar el cerco hacia el exterior para evitar que el socorro enemigo procedente de otra plaza pudiera romperlo desde fuera.

Es decir, que las obras fortificadas del cerco se convertían así en bastiones tan importantes como los de la propia ciudad. Una especie de círculos concéntricos a cual más poderoso.

Una vez el cerco estaba bien asegurado, mediante líneas o trincheras de avance, *aproches*, *paralelas*, caminos cubiertos y obras de fagina, se iba aproximando la artillería para ir batiendo cada vez desde más cerca a los bastiones de la plaza, tratando de abrir brecha, o bien para poder llevar la infantería hasta el mismo pie de las murallas y allí, mediante una mina, conseguir un hueco en las cortinas o murallas por donde introducirse en la ciudad. ¿Cuánto tiempo y dinero se necesitaba para esto? ¿Cuántos esfuerzos hacía el enemigo para tratar de levantar el cerco con ataques desde dentro o desde el exterior? La máxima del sitiador era *aproximar la infantería sufriendo el menor daño posible*, mientras la del sitiado era *embarazar el acomodo del enemigo sobre el campo, estorbando con salidas el perfeccionamiento de sus obras de trincheras*. De todo lo expuesto se deducirá que la guerra, una sucesión de sitios, aparte de costosísima, como fue, se transformó en lenta e insegura (90).

Así pues, los cercos fueron cada vez mejores y, ya en el segundo tercio del siglo XVII, pocos sitios fracasaban. La mayoría de las batallas famosas de la Guerra en los Países Bajos se desarrollaron en torno a los cercos. Rocroi, 1643, es ejemplo de una de ellas, en cuanto que no fue más que el intento francés de obligar a los españoles a levantar el sitio de la plaza de Rocroi, cercada por 17.000 soldados hispanos-flamencos. El apoyo de Condé a la plaza desde el exterior, con 24.000 soldados franceses, recibidos de varios lugares como refuerzos, y un sensacional uso de la artillería, destrozó por completo a la infantería española atrincherada en torno a la

(90) «... tomar ciudad por ciudad, la menor de las cuales les llevaría no menos de medio año de sitio, con enormes gastos, pérdida de hombres y riesgos para su fortuna y reputación, porque (como dice la gente de guerra) una ciudad bien defendida basta para arruinar un poderoso Ejército» (Kervijn de Lettenhove).

ciudad. Otro caso similar, también funesto para los soldados españoles, fue el sitio de Arrás, en que, al tratar de romper el cerco a que tenían sometida la plaza, murieron casi todos, desde el Maestre de Campo del Tercio, al Maestre de Campo de los Valones, Conde de Villabal, hasta más de la mitad de la tropa. Al final, Arrás se perdió en esa ocasión (91). En Gravelinas, tampoco hubo manera de levantar el cerco por parte de los españoles y tan importantes fueron las obras del sitio construidas por los franceses, que uno de estos fuertecillos, llamado de San Esteban, no hubo manera de conquistarlo y tuvieron que levantar los de los tercios otro conjunto de obras para batirlo, entre ellas, dos grandes plataformas para la artillería (92). Sería el tercer anillo concéntrico en el sitio a una ciudad.

Por otra parte, cada cerco era una historia diferente, un problema distinto donde había que aplicar soluciones distintas. En el sitio de Amiens, 1597, Enrique IV tuvo que construir todo un vasto complejo de trincheras, baluartes de tierras, etc., para intentar batir (93). En el de Bergen-op-Zoom, de 1622, más de medio ejército sitiador se perdió por desertiones, muchos de los cuales se refugiaron en la propia ciudad que estaban cercando, sin dineros ni comidas, y tal como indica Parcker (94), al preguntarle a un mercenario italiano que de dónde venía replicó que «d'inferno». El sitio de Breda, tan famoso, tuvo éxito porque Spinola contó con una auténtica riada de plata para pagar muchas tropas y levantar muchas obras de aproximación, sin lo cual Nassau hubiera resistido más tiempo. En el de Haarlem, o Mons de 1572 las obras fueron colosales, igualmente con abundante empleo en las zapas dobles. En el de Leiden los holandeses consiguieron romper los diques e inundar todos los alrededores de la plaza, poniendo en fuga a los sitiadores. Otro cerco monumental fue el de Amberes de 1585, o el de Ostende en 1604, o el del castillo de Weerd, etc. Son tantos y tan complejos cada uno de ellos que sería imposible pormenorizarlos. Baste decir que de 1614 a 1620 los tercios e ingenieros de S. M. el Rey de España tomaron por asedio 55 ciudades en propiedad holandesa, casi a diez sitios por año (95).

(91) Pellicer. Ob. cit. Avisos del 2 de octubre 1640.

(92) Idem, avisos del 13 de septiembre de 1644.

(93) Obras que, según demuestra Parker, fueron tan fenomenales que aún se observan sobre los sembrados que rodean la ciudad.

(94) Ob. cit. Pág. 259.

(95) Idem., pág. 38; para datos sobre sitios y cercos, ver la Bibliografía citada en la nota (1), así como «Ingenieros del Ejército, Compendio Histórico», Imp. del Memorial de Ingenieros del Ejército. Madrid, 1918.

Ni que decir tiene que todo esto tuvo que tener una extraordinaria influencia en España y sus dominios americanos. Si lo más representativo de todo este arte de fortificación aprendida en Flandes fueron las trazas, todas o casi todas pasaron a la Península e Indias donde tuvieron mayor o menor acogida. Así, por ejemplo, la traza triangular, desarrollada por Cristóbal de Rojas en su *Theórica y Práctica de la fortificación*, Madrid, 1598, no fue muy aplicada en Europa, pero sí pasa a América, donde se levantan varios bastiones con estas características (S. Felipe de Barajas en Cartagena de Indias o San Fernando en Omoa) (96). La traza triangular, en cambio, fue de las más corrientes en Europa y América, según indica Fernández de Medrano (97), puesto que permitía aprovechar todas las obras antiguas existentes en España. Muchos castillos del norte y de los litorales levantino y andaluz son arreglados, cambiando torreones por baluartes y repasando los lienzos de murallas. En América, quizás el ejemplo más interesante sea el del Castillo de San Marcos en San Agustín de la Floriada, de traza cuadrada con cuatro baluartes en cada esquina (98).

La traza pentagonal fue, probablemente, la más usada en los Países Bajos y, en general, en la Europa del XVI-XVII, sobre todo para las ciudadelas, que tanto abundaban en las grandes ciudades (Amberes, Metz...) y que Juan de Santana y Tapia, «justo nombre de ingeniero y de Flandes Capitán», en su *tratado de fortificación*, Bruselas, 1644, califica como básicas para conseguir una aceptable defensa, anejas a los perímetros fortificados y desde donde organizar toda la acción *de seguro*. En América se utilizaron poco en el siglo XVII, debido a lo elevado de su costo, pero en la centuria siguiente, y ante casos de auténtica necesidad, se levantaron las plantas monumentales del Real Felipe del Callao y San Diego de Acapulco, modelos en los que fueron utilizados trazas flamencas. Otras trazas, las exagonales, epigonales, etc., que en Europa eran usadas muy corrientemente para defender ciudad de tamaño medio, pero fundamentales en su zona, como indica Medrano (Charle-roy, Dama...) apenas se usaron en América, donde, realmente no eran necesarios. Igual sucede con las trazas de estrella, tan empleadas por Rojas en España.

(96) Un buen estudio sobre trazas en Zapatero, J. M. «La fortificación abaluartada en América». Instituto de cultura Puertorriqueña, San Juan, 1978. Esta traza triangular, en realidad, no fue utilizada en Europa hasta el S. XVIII con los tratados del ingeniero francés Montalambert.

(97) Ob. cit. Pág. 67.

(98) Luis Arana y Albert Mannucy. «The Castle of San Marcos». San Agustín, 1976. Chatelain, Verne. «The defenses of Spanish Florida». Washington, 1941.

Sin embargo, de todas las trazas, probablemente la que más se usó en el Nuevo Mundo fue la traza irregular, en cuanto permitía un mejor acomodo al terreno. Y estos modelos también se copiaron de Flandes, sobre todo los de aquellas plazas situadas a orillas de los ríos o en los puertos, ya que era el esquema más útil en América. Esta traza irregular se utilizó fundamentalmente en tres tipos de defensa: La primera de ellas, que originó las llamadas *casas fuertes*, eran usadas desde remotos tiempos medievales y consistía en simples edificios de muros gruesos con pocas ventanas al exterior, generalmente azoteas almenadas y una torre, redonda o cúbica, en uno de los extremos. Eran muy conocidas en Europa, aunque su uso, en el siglo XVI, había decaído bastante. En España sí eran utilizadas (99), pero, sobre todo en América, proliferaron a lo largo de este siglo, debido a su escaso coste en comparación con obras de mayor envergadura. Muchas de estas casas fuertes fueron demolidas por los ingenieros del Rey y en su lugar se alzaron obras abaluartadas.

Otro tipo de defensa de la fortificación irregular fueron los *recintos* o *cuerpos de plaza*, muy comentados por los tratadistas del XVI-XVII y, como hemos visto muy utilizados en Flandes para cerrar y fortificar todo el contorno de las ciudades. Fernández de Medrano indica que la aplicación de las nuevas técnicas de fortificación a los recintos, llevó consigo, en el siglo XVI, la transformación de *ciudad murada* en *ciudad fortificada*, en cuanto lo importante no era sólo cerrar la ciudad con un muro, sino hacerla toda ella invulnerable al cañón y al asalto de la infantería, mediante la construcción de cortinas, baluartes, merlones, glacis, caminos cubiertos, contraescarpas, fosos, etc. Realmente era aplicar las nuevas soluciones de la traza italiana al conjunto de la ciudad. Y ello se realizó en España y América con la experiencia acumulada en Flandes, como luego veremos.

El último elemento que estudiaremos de la fortificación irregular con las líneas de circunvalación en los sitios y cercos de las

(99) La fortificación a la antigua, claro está, tenía una amplia tradición en España, sobre todo a raíz de los ocho siglos de lucha entre cristianos y musulmanes. Las líneas de frontera entre ambos estuvieron jalonadas de construcciones defensivas, la mayoría de las cuales respondía al modelo de «casas fuertes». Prueba de esta tradición son las innumerables disposiciones legales que regían su construcción y uso desde el nacimiento de Castilla, y que luego van a ser aplicadas en la América del XVI, con no excesivas transformaciones. Ver, por ejemplo, las Partidas de Alfonso X, 2, 8; y posteriormente el Ordenamiento de Montalbo, 4, 7; la Nueva Recopilación de Castilla, 65; etc. Alfonso García Gallo en «Estudios de Historia del Derecho Indiano», Insti. de Estudios Jurídicos, Madrid, 1972, dedica un apartado a este tema (págs. 790 y ss.).

plazas, tan usados como hemos analizado, en los Países Bajos. En España se llegaron a utilizar, sobre todo en la campaña de Portugal, en la guerra de Sucesión y en los ataques a plazas en el siglo XVIII. En América, donde las características de la guerra eran diferentes, debido a que el coste de las expediciones no permitía una guerra de similares características a las de Europa (100), no se llegaron a usar los cercos al estilo flamenco, pero sí que fueron utilizados los *aproches*, *las paralelas*, y, en general, la técnica de aproximación a cubierto de los baluartes (101).

En definitiva, tanto en la fortificación regular como en la irregular, los modelos experimentados en Flandes fueron posteriormente empleados en los dominios españoles peninsulares y de ultramar.

En el Archivo de Simancas se contienen una enorme cantidad de planos y proyectos, muchos de los cuales se llevaron a la práctica, y que nos demuestran cómo en la segunda mitad del siglo XVI el sistema abaluartado se aplica en España con regularidad, especialmente en los grandes puertos. En concreto, Juan Bautista Calvi, ingeniero de Felipe II, aplicó, compuso y construyó baluartes en las principales ciudades costeras entre 1552 y 1560 (102). El litoral andaluz, expuesto especialmente a ataques debidos a ser el nudo del comercio metrópoli-Indias, fue sensiblemente reforzado a lo largo del XVI-XVII, especialmente Cádiz (103), ciudad en la que se aplicó el sistema abaluartado con especial interés, debido a lo fundamental de su conservación. El Dr. Calderón Quijano, cita una *Relación de las plazas, torres, puestos fortificados, edificios militares y poblaciones de la Costa de Andalucía* (104) que, aunque está datada en 1756, nos informa sobre el estado de la defensa de la zona, indicando tipos de construcción. De esto se deduce que el sistema abaluartado se aplicó en todo el sector a lo largo del siglo XVII,

(100) Tema aún muy discutido en el S. XVIII. Véase una Carta de Gálvez a Manuel A. Florez, AGI. Santa Fé. 577-A, citada en nuestro trabajo sobre Cartagena de Indias.

(101) Arana, Luis y Mannucy, Albert. Ob. cit. Se muestra, gráficamente representado, el proyecto inglés de ataque a S. Marcos, con paralelas, aproches y demás obras de cerco. Igual que en los sitios a las plazas del Caribe.

(102) AGS. Estado. 104 y 121.

(103) Véanse los magníficos trabajos de José Antonio Calderón Quijano, «Las defensas del Golfo de Cádiz en la Edad Moderna». Sevilla, Escuela de Est. Hispanoa, 1976; Así como los de Víctor Fernández Cano, «Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna». Esc. Est. Hispanoa. Sevilla, 1973; y los de José Antonio Calderón, Justina Sarabia y José Hernández Palomo, «Cartografía Militar y marítima de Cádiz. 1513-1878». Escuela de Est. Hispanoa. Sevilla, 1978.

(104) Archivo del Gobierno Militar de Cádiz.

en su forma de traza irregular, generalmente, bien en construcciones nuevas (Cádiz fundamentalmente) o bien en remodelaciones de fortificaciones más antiguas, tanto los castillos medievales de los pueblos de señorío, o incluso las torres *rápitas*, que se abaluartúan y refuerzan.

Así mismo, la traza italiana y su concepción flamenca fue ampliamente utilizada en las fortificaciones de la frontera con Portugal en la segunda mitad del siglo XVII. Este sector, desde Ayamonte hasta Galicia, apenas estudiado, conforma una cadena de obras defensivas muy interesantes que fueron remodeladas en el siglo XVIII (105), pero modificándose muy poco sus trazas. Por su parte, los portugueses también fortificaron a su vez sus ciudades de frontera, con lo que se estableció un doble cordón paralelo que aún hoy es un magnífico ejemplo de fortificación abaluartada y de traza italiana. Vistas desde el aire, las ciudades portuguesas de Almeida, Evora o Elvas, son casi idénticas, con sus trazas poligonales, sus glasis y contraescarpas, a Charleroy, Deventer o Metz en el siglo XVII. Incluso en la guerra peninsular contra Napoleón, Wellington se sirvió innumerables veces de estas fortificaciones y en 1810-14 se repitió, entre tropas españolas, inglesas, portuguesas y francesas, la sucesión de sitios, cercos, y asaltos, similares a los que se produjeron dos siglos atrás en los Países Bajos, motivadas por la abundancia de fortificaciones (106).

La fortificación abaluartada, como vimos, pasó además a América a lo largo del siglo XVII (107). En un principio, la mayoría de las

(105) Actualmente tenemos el proyecto de estudiar toda esta línea defensiva, sobre todo para elaborar un informe que permita su reconstrucción. Del mismo modo también estamos trabajando sobre las Hojas de Servicio de los Ingenieros españoles del XVIII. De ellas se obtendrían una serie de ingenieros flamencos que actuaron en España, muchos de ellos en estas fortificaciones de la frontera con Portugal.

(106) Howard, Donald D. «The dreadful Day: Wellington and Massena on the Coa, 1810». *Military Affairs*, Kansas State University, Vol. XLIV. Diciembre 1980.

(107) Véase la amplia bibliografía dedicada al tema de las fortificaciones americanas. Angulo Iñiguez, Diego. «Bautista Antonelli. Las fortificaciones americanas en el S. XVI», Madrid, 1942; Marco Dorta, Enrique, «Cartagena de Indias, la ciudad y sus monumentos», Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos EEHA, 1951; Rodríguez Casado, Vicente y Pérez Embid, Florentino, «Construcciones militares del Virrey Amat», EEAH, Sevilla, 1949; Lohmann Villena, Guillermo, «Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746», Sevilla, EEAH, 1964; Torres Ramírez, Bibiano, «La Isla de Puerto Rico (1765-1800)», San Juan, 1962; Trigueros Bada, Roberto, «Las defensas estratégicas del Río San Juan de Nicaragua», Sevilla, Anuario de Estudios Americanos, XI, 1954; Rodríguez del Valle, Mariana, «El castillo de San Felipe del Golfo Dulce, Historia de las fortificaciones de Guatemala en la Edad Moderna», Sevilla, Anuario de Estudios Americanos, XVII, 1960; Céspedes del Castillo, Guiller-

obras de defensa obedecían a esquemas medievales, generalmente casas fuertes, debido a su escaso coste y a la no excesiva complicación de las obras. Además, dadas las escasas guarniciones que tenían que cobijar, estos castillos, muy parecidos a los de la frontera andaluza con territorios de musulmanes durante la Baja Edad Media, resultaban apropiados. Así, el castillo del Golfo Dulce no fue en principio más que un torreón (108); o los tres reductos de Puerto Rico; la Fortaleza, de 1540, que no era más que la morada del gobernador, de sólidos muros, un pequeño fuerte en el lugar donde luego se emplazaría el Morro y el Castillete de Santa Elena (109). En Santa Marta se levantó la más típica sin duda de las casas fuertes, la llamada *de los llanos de Bonda*, que incluso poseía una especie de Torre del Homenaje, de 1572 (110) y en la que el resto de las obras defensivas eran todas a la antigua. En Jamaica, como último ejemplo, había a fines del xvi dos pequeñas fortalezas, en el desembarcadero y en Punta Carena, que protegían la entrada del puerto, construcción sin excesivas pretensiones (111). Como se observa, un conjunto de obras a propósito del enemigo eventual, piratas o corsarios, con las cuales se pensaba mantener incólumes las posesiones de la Corona en el Nuevo Mundo. Como las circunstancias hicieron ver a Felipe II que no era así, y que las depredaciones de sus enemigos iban en aumento, sobre todo al incrementarse tanto el volumen del tráfico como la necesidad de que la riada de plata americana no se interrumpiera un solo año, el monarca español decidió fortificar mejor una serie de plazas, que,

mo, «La defensa militar del Istmo de Panamá a fines del XVII y comienzos del XVIII», Sevilla, Anuario de Estudios Americanos, IX, 1955; Morales Padrón, Francisco y Llavador Mirá, José, «Mapas, planos y dibujos sobre Venezuela existentes en el Archivo General de Indias», Sevilla, Anuario de Estudios Americanos, XX y XXI, 1963-4; Heredia Herrera, Antonia, «Las fortificaciones de la isla Margarita en los S. XVI, XVII y XVIII», Sevilla, Anuario de Estudios Americanos, XV, 1958; Zapatero, J. M., «La guerra del Caribe en el S. XVIII», San Juan de P. R., 1964; Calderón Quijano, José Antonio, Historia de las fortificaciones de la Nueva España, Sevilla, EEHA, 1953; ídem., «Las murallas de Campeche», Campeche, 1969; ídem., «Nueva Cartografía de los puertos de Campeche y Veracruz», Sevilla, EEHA, 1969; ídem., «El fuerte de S. Fernando de Omoa: su historia e importancia que tuvo en la defensa del Golfo de Honduras», R. de I., 9 y 11, 1942-3; Wright, Irene, «Historia documentada de S. Cristóbal de la Habana en el S. XVI», La Habana, 1927; aparte los libros ya citados de Enriqueta Vila, Isabelo Macías, etc.

(108) Rodríguez del Valle, Mariana, Ob. cit.

(109) Vilar Vilar, Enriqueta, Ob. cit., págs. 99 y ss.

(110) Miranda Vázquez, Trinidad, «La Gobernación de Santa Marta, 1570-1670». EEHA, Sevilla, 1976, pág. 109. Igualmente existían casas fuertes en Cartagena de Indias, prácticamente desde la fundación de la ciudad. Gómez Pérez, Carmen, «Pedro de Heredia y los primeros años de la Gobernación de Cartagena de Indias», EEHA, Sevilla (en prensa).

(111) Morales Padrón, Francisco, «Jamaica española», EEHA, Sevilla, 1954.

a más de vitales, se habían convertido en objetivos de los ataques. El Maestre de Campo Juan de Tejada y Bautista Antonelli, fueron encargados de realizar obras de defensa en Puerto Rico, Santo Domingo, Habana, Cartagena, Santa Marta, Nombre de Dios, Panamá, Portobelo y Chagre (112). La expedición salió en 1589 rumbo a Puerto Rico, iniciando todo un plan de obras que en su primera fase duraría prácticamente un siglo. Al mismo tiempo, comenzaron a crearse en la mayoría de estas ciudades las llamadas Juntas de Fortificación, destinadas a obtener caudales y revisar las obras para que no se detuviera su ejecución (123). El resultado de todo esto es que, desde principios del XVII, América se va a ir fortificando, pero con patrones nuevos. Se introduce, en general, la traza italiana y los sistemas abaluartados. Flandes y su experiencia en fortificaciones comienza a hacerse presente en Indias.

Junto a los torreones comienzan a elevarse baluartes, cortinas y reductos a la moderna, como es el caso de Golfo Dulce, que ya en 1679 y tras sucesivas obras se ha convertido en un torreón de planta cuadrangular defendido por baterías (114). El Morro de Puerto Rico fue obra de los ingenieros del Plan de Felipe II, también a la moderna, de traza irregular, construida en anfiteatro y descubierta desde el mar y que defendía bastante bien, como se demostró en el caso de Hendricksz de 1625, la entrada del puerto. Además, se hicieron terraplenes, caballeros, revellines, reductos y trincheras para evitar, precisamente, las técnicas de sitios a fortalezas y que tan bien conocían los enemigos holandeses. Esta obra fue realizada fundamentalmente en ladrillo, que nos prueba de nuevo la influencia que tuvieron sobre estas construcciones las experiencias acumuladas en Flandes (115). En Santa Marta, y por proseguir los ejemplos que antes utilizamos, las nuevas obras de defensa, como el castillo de San Vicente, de 1644, se hicieron abaluartadas, por Vicente de los Reyes Villalobos (116), con experiencia en la guerra de Flandes. Caso idéntico es el de Río Hacha, cuyas obras, a la antigua, fueron modernizadas y abaluartadas por Juan López Rico en 1687; tal es el Castillo de San Jorge (127). En Cuba, el Morro fue levantado según esquemas de Antonelli en 1612 (118), parecido al de

(112) Jamaica, al parecer, estuvo incluida en el Plan, pero Antonelli no pasó por la isla.

(113) AGI. Indiferente General, 1887.

(114) AGI. Guatemala, 280. AGI. Planos de Guatemala, 12.

(115) AGI. Indiferente General, 1884. Ver la obra ya citada de la Dra. Vila Vilar.

(116) AGI. Santa Fe, 50. AGI. Planos de Panamá, 82 y 284.

(117) AGI. Planos de Panamá, 118.

(118) AGI. Planos de Santo Domingo, 27.

Puerto Rico, así como el Castillo de la Punta de 1627, también abaluartado.

Todas estas obras estaban controladas desde Madrid, por una Junta de Fortificación que se encargaba de revisar cada planta y alzado, dando el visto bueno o añadiendo al proyecto realizado in situ por el ingeniero, tantas apreciaciones como creyeran convenientes. Así, por ejemplo, las obras del Morro de Puerto Rico eran revisadas en España por Tiburcio Spanoqui, «Ingeniero Mayor del Rey, en 1602», experto en traza italiana y que también había estado en Flandes (119). Spanoqui revisó las obras del Morro de Cuba desde Valladolid, dando órdenes a los ingenieros destacados en la isla, José Hidalgo, Juan Bautista Randaço y Francisco de Tessa (120) sobre los modelos y plantas a usar. Todo ello con la experiencia flamenca que tenían muchos de estos ingenieros, concluyó en que la mayoría de las obras efectuadas en el transcurso del XVII tuvieran una admirable impronta flamenca. Estos ingenieros, las más de las veces conocedores del tema a la perfección, se permitían modificar trazas buscando una mayor adaptabilidad al terreno, con lo que en ocasiones los planes originales se pareciesen en poco a los resultados (121). Otras veces eran los gobernadores, que como luego veremos eran antiguos capitanes de la Guerra de Flandes, los que se permitían cambiar a su vez los proyectos. La influencia flamenca en el terreno de las fortificaciones, pues pasa a América por multitud de caminos.

De todas formas, lo cierto es que desde el Plan de Felipe II a fines del XVII, todas las obras de fortificación en América han evolucionado y se han levantado, utilizando la terminología de la época, *a la europea*. Veracruz y Campeche, desde 1670 se han abaluartado, y sus recintos, fortificados, que no murados, se han configurado según las nuevas concepciones (122). El Morro de Puerto Rico, según informa el gobernador Ochoa, es *obra abaluartada como las de Europa* (123) así como se han levantado el recinto para la ciudad con baluartes, e incluso se refuerza el castillo de Santa Elena, que pasa a denominarse Baluarte de Santa Elena, o el de la Puntilla, de traza italiana...

(119) AGI. Indiferente General, 1884.

(120) AGI. Indiferente General, 1871 y 1875.

(121) Informe de Spanoqui. AGI. Indiferente General 1884.

(122) Juárez, Juan, «Piratas y corsarios en Veracruz y Campeche», Sevilla, EEHA, 1972.

(123) AGI. Santo Domingo, 155.

Sin embargo, este trasvase de modelos experimentados en Flandes al Nuevo Mundo, no podría haberse realizado de no ser por una serie de ingenieros que trabajaron en ambos lugares. Por una parte, españoles que actuaron en el Ejército de los Países Bajos y que luego pasaron a América; y por otra ingenieros flamencos que, bajo las banderas del Rey de España, pasaron a Indias a ayudar en esta inmensa tarea de fortificar América. Por ejemplo, aparte los ya señalados, fueron muchos los ingenieros españoles con experiencia flamenca. En Nueva España, Diego de Velasco, comisionado por el Virrey Marqués de Villamanrique para las obras de Ulua, estuvo en Flandes (124). Arias, Conde de Lozada, y que trabajó en Ulua hacia 1608, estuvo trece años fortificando en Flandes, como demuestra en su Hoja de Servicios (125). Francisco Castejón, que también trabajó en Ulua en 1658, estuvo igualmente en los Países Bajos fortificando (126). Jaime Frank, uno de los grandes ingenieros que tuvo el Rey en Nueva España y que transformó Ulua en 1681, había trabajado en Flandes durante varios años (127).

Por el contrario, algunos flamencos fueron a trabajar a Indias: Adrián Boot, que levantó diques en Acapulco en 1614 (128) o Marcos Lucio, de Gante (129), o aún en el siglo XVIII, Gaspar Courselle (130). En definitiva una interesantísima generación de ingenieros, en uno u otro sentido, y que duró bastante más de un siglo. Porque la Academia que fundara Fernández de Medrano en la Bruselas de 1671 ó 1675, según autores, no dejó de tener repercusiones sobre España e Indias (131). Aparte que fue eje y centro de formación de numerosos ingenieros españoles y europeos en el arte de la fortificación a la moderna, utilizando trazas italianas mas perfeccionamientos dictados por la experiencia flamenca las numerosas obras editadas en el centro constituyen un repertorio bibliográfico fundamental para comprender lo que significó esta escuela

(124) José Antonio Calderón Quijano, «Historia de las fortificaciones de la Nueva España». Ver asimismo AGI. México, 110.

(125) AGI. México, 864.

(126) Idem.

(127) Idem.

(128) José Antonio Calderón Quijano, «Noticias de Ingenieros Militares en Nueva España en los siglos XVII y XVIII», Anuario de Estudios Americanos, VI, 1949. Ver asimismo la documentación contenida en AGI. México, 28, así como las noticias que al respecto da Israel, J. I., «Race, class and politics in Colonial Mexico, 1610-1670», Oxford Historical Monographs, O.U.P., 1975, pág. 118.

(129) AGI. Patronato, 242.

(130) AGI. Indiferente General, 1905 y AGI. México, 2445.

(131) Rodríguez Villa, «Noticia biográfica de D. Sebastián Fernández de Medrano», Madrid, 1882.

en el contexto de la fortificación europea (132). Y los alumnos de la misma, que luego trabajaron en las Reales Obras durante buena parte del siglo XVIII, continuaron los esquemas allí desarrollados y aprendidos. Una obra de Medrano, *Descripción de el gran río y Imperio de las Amazonas Americanas* (133) sirvió para explicar cómo había que fortificar el Nuevo Mundo y evitar la introducción de los enemigos del Rey. Algunos de estos ingenieros formados en la Academia, pasaron a América, como por ejemplo José Bermúdez, autor de innumerables proyectos para el fuerte de Buenos Aires (114). En España, José de Mendoza y Sandoval, fue nombrado director de la Real y Militar Academia de Barcelona (135).

Para finalizar este apartado sobre la aportación flamenca al arte de la fortificación en España, nada mejor que indicar que el fundador del Arma de Ingenieros, como tal, encargado por Felipe V de su creación y ordenación, Jorge Próspero de Verboom, Marqués de Verboom, era «Cuartel-Maestre General e Ingeniero Mayor de los Ejércitos españoles en los Países Bajos» (1710) (136). Este avezado fortificador, que tantos conocimientos poseía sobre Flandes, se trajo además una serie de ingenieros flamencos consigo: *Borradores del Marqués de Verboom, con algunas noticias sobre el venir de los ingenieros de Flandes* (137) que, seguramente continuarían con su influencia en las fortificaciones españolas hasta bien entrado el XVIII.

IV. EL TERCIO: UNA ESTRUCTURA QUE SE TRASPLANTA

El Tercio surge en la Institución Militar española con la modernidad, como una máquina de guerra poderosa allende las fronteras de la propia Península. Sin entrar en su origen (138) lo cierto es que conforma, tras las campañas de Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia una excelente puesta al día de la táctica y la estrategia

(132) Almirante, José, «Bibliografía Militar de España», Madrid, 1876.

(133) Zapatero, Ob. cit., pág. 229.

(134) Actualmente la Licda. Patricia Pizzurno Gelos está elaborando una tesis doctoral sobre las fortificaciones y la Institución Militar en el Río de la Plata, de la que, entre otros muchos aspectos, se deduce el interés que tiene el estudio de la aportación al arte militar español en América en este terreno concreto de las construcciones defensivas.

(135) Zapatero, Ob. cit., pág. 230.

(136) «Ingenieros del Ejército. Compendio Histórico», Imp. del Memorial de Ingenieros del Ejército, Madrid, 1918, pág. 14.

(137) Zapatero, Ob. cit., pág. 230.

(138) Almirante, José, «Diccionario Militar etimológico-histórico...», Imp. del depósito de la Guerra, Madrid, 1869. Véase la voz correspondiente a Tercio.

españolas. Pero siempre como instrumento de presión militar exterior. Prácticamente hasta la decisión de Felipe II de intervenir en Flandes, el Tercio no va a adquirir todas sus características que luego lo harían tan peculiar.

En la metrópoli, mientras tanto, los patrones de agrupamiento militar se mantenían bajo esquemas mucho más antiguos. Desde la Baja Edad Media, en Castilla y León todos los súbditos han estado obligados a prestar servicio militar en defensa del Reino y del Monarca. Esta ordenación nace en las Partidas y se reitera a lo largo de la Edad Moderna (139). Ciertamente las características son diferentes, pues este servicio militar será canalizado bajo la forma de milicias, desde 1598, cuando se establecen en Castilla, continuándose a lo largo del XVII, siendo organizadas de nuevo en 1693 (140). Sin embargo, ante peligros concretos o, para el caso que nos ocupa, para expediciones punitivas al exterior de la Península, el sistema y los métodos utilizados fueron diferentes: bien el servicio militar voluntario (mediante sueldo o botín), el voto religioso o, algún tiempo atrás, la concesión feudal. De esta manera en la Baja Edad Media hay un conjunto de tropas permanentes mercenarias, más las de las Ordenes Militares o las señoriales. Con la organización del Estado Moderno, estas tropas quedaron reducidas a las mercenarias, es decir, aquéllas costeadas por la Hacienda Real, ya que la Corona, necesitada de su eficacia para mantener sus pretensiones hegemónicas más allá de las fronteras de sus reinos, construyó una maquinaria capaz de lograrlo. Este es el comienzo de los tercios que luego se harían famosos y adquirirían lo más complejo de su estructura conforme ganaron experiencia en Flandes. De Flandes esta estructura se aplicará a las demás tropas reales, en el resto de Europa, aún en América, e incluso en las milicias peninsulares que, en 1663, fueron substituidas por tercios permanentes de levas forzosas (141). Incluso en la Marina aparecieron los tercios: el Tercio de Armada, encargado de la defensa de la Carrera de Indias. En definitiva, estamos viendo cómo el tercio es una estructura que se va a aplicar como la más notable y positiva invención de la máquina de guerra española, trasplantándose allá donde era necesaria una postura de fuerza.

Una de las razones por las cuales el Tercio tuvo éxito fue porque se adaptó extraordinariamente, por no decir que las condicio-

(139) Partidas 2,19 y 2,23. Ver García Gallo, Alfonso, «Estudios de Historia del Derecho Indiano», Instituto de Estudios Jurídicos, Madrid, 1972, pág. 749.

(140) Clonard, Conde de, «Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería», Madrid, 1887.

(141) García Gallo, Ob. cit., pág. 799.

nó, a las características de la guerra en los Países Bajos. Como indica Parker (142), cada vez se hacen más numerosos los ejércitos en campaña y el Tercio es una estructura mínima que puede conectarse y coordinarse muy aceptablemente con otras unidades gemelas. Además, en el caso contrario, un solo Tercio constituía de por sí una unidad operativa que podía funcionar aisladamente. Habiendo prácticamente eliminado a la caballería, la infantería, en la cual el soldado español se encontraba mucho más a gusto, así como sus oficiales, se formó en el Arma fundamental de la guerra. La feliz conjunción de piqueros, arcabuceros y mosqueteros, dio al Tercio una potencia difícil de igualar.

Incluso pareció bastante adecuado cada uno de sus mínimos componentes: desde la cadena de mandos, el sistema de compañías, los oficiales y el escalón de servicios, hasta los avitualladores, el cuidado sanitario o el religioso.

Toda esta estructura pasa a la Península. En 1636, las tropas de la Diputación Foral de Alava, temiendo problemas fronterizos, son alistadas a sueldo y muy poco después, olvidando su ordenamiento antiguo, son convertidos en Tercio: el Tercio Alavés (143). El resto de las tropas movilizadas en Castilla siguen el mismo patrón, tantas veces experimentado en Flandes, y, por ejemplo, como tales Tercios actúan en la Campaña de Portugal (144), o en la reconquista de Cataluña tras la sublevación (dos tercios de valones, seis de españoles, cuatro de alemanes y tres de italianos) (145).

Y como antes indicamos, el tercio pasa a América. Aunque no de la manera que afirma Konetzke: *La Corona tuvo que decidirse a mantener un Ejército permanente en Chile... Los Tercios españoles que se habían batido en los campos de batalla de Europa por la gloria y grandeza de España eran utilizados ahora también en el más apartado rincón del Nuevo Mundo* (146). Aunque el Tercio pasa a América desde España, no hay que tomar este trasplante al pie de la letra. Ciertamente que a América se llevó la idea del Tercio e incluso su orden interno, pero aplicándose a unidades de menor envergadura. La creación de las llamadas *compañías de presidio*, encargadas de la defensa de cada una de las plazas fuertes indianas, responde en su estructura a cada una de las compañías que conformaban un Tercio. En Chile, donde el número de

(142) Ob. cit., pág. 40-1.

(143) Heráldica e Historiales del Ejército. Servicio Histórico Militar, Madrid, 1969, pág. 175.

(144) Ibídem, pág. 176.

(145) D. Ortiz, pág. 396.

(146) «América Latina. La época colonial», Ed. S. XXI, Madrid, 1976, pág. 147.

estas compañías en campaña fue considerable, ni siquiera llegaron a poseer la necesaria cohesión entre ellas como para poder considerárselas un Tercio. En Cuba, por ejemplo, en 1594 había destacados 450 soldados, divididos en tres compañías, cada una de ellas en un castillo de La Habana, cuya estructura es idéntica a la de las que componían los tercios flamencos (147). Igual sucedía en Jamaica (148), Santa Marta (149), Puerto Rico (150) o en Cartagena de Indias, donde una de estas compañías mantenía a todo lo largo del XVII la siguiente estructura:

- 1 Capitán, 1 Alferérez, 1 Sargento, 1 Abanderado, 2 tambores, 1 pífano, 1 paje de rodela, 1 barbero, 4 cabos de Escuadra, 19 aventajados, 18 mosqueteros, 20 mosqueteros, 1 capellán (151).

Han desaparecido, como vemos, los piqueros, en función del carácter defensivo, tras unas murallas, de estas tropas, y se le ha aumentado su capacidad de fuego, pero substancialmente la estructura se mantiene, así como la cadena de mandos y las relaciones entre los mismos.

Incluso la legislación para su funcionamiento interno y externo es bastante similar a la que tuvieron los Tercios en Flandes. Aunque está claro que este cúmulo normativo *mal se podía aplicar a un grupo de compañías diseminadas en distintos lugares del territorio, muchas veces aisladas por períodos de meses unas de otras... con lo cual hubo que dictar normas específicas...* (152), lo cierto es que una buena parte de la legislación militar americana del XVII es producto de la que se dicta para Flandes. Aparecen la figura del Preboste, del Barranchel, del Sargento Mayor, el sistema de plazas muertas, los vedores, e incluso las ordenanzas para Chile del Auditor General del Ejército, son las que dictó Alejandro Farnesio para Flandes en 1587 (153). La Carrera de Indias, como indicamos, ve nacer en su seno el Tercio de Armada, que funcionaba, en realidad, como infantería embarcada desde los tiempos del Emperador Carlos V en sus guerras contra Francisco I. (Campañas de Niza y Norte de Italia). Y no solamente en los navíos de guerra que acompañaban

(147) AGI. Santo Domingo, 100.

(148) Francisco Morales Padrón, Ob. cit.

(149) Trinidad Miranda Vázquez, Ob. cit., pág. 120.

(150) Vilar Vilar, Enriqueta, Ob. cit., págs. 117 y ss.

(151) AGI. Santa Fé, 1009.

(152) Oñat y Roa, «Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile», Universidad Católica, Santiago 1953.

(153) Según el trabajo del Prof. Juan Vargas Cariola sobre la Guerra de Chile en el S. XVII, inédito.

a los mercantes en su camino hacia América o regreso, sino que cuando se crean las escuadras americanas, la Armada de Barlovento, por ejemplo, abarca igualmente un Tercio o porción de tropa de infantería, al mando del llamado *General del Tercio*, encargado de luchar contra navíos enemigos (154).

Se trasplanta así la estructura formal y legal, pero otros muchos aspectos que le son propios se van a aplicar igualmente al resto de aparato militar español. Así sus virtudes, tan largamente acuñadas en Flandes, comenzarán a circular por el Imperio.

El sistema de recluta creado para nutrir los Tercios de Flandes se utilizará en adelante para todo el Ejército Real hasta bastante avanzado el siglo XVIII (155), tanto para la Península como para Indias.

Sin embargo, no solamente trascendió y se trasplantó la propia estructura orgánica del Tercio usado en Flandes, sino que, en infinitos puntos vemos cómo una ingente cantidad de detalles anexos al mismo fueron igualmente copiados y extendidos al resto de la Institución Militar española.

El armamento, por ejemplo, se homogeneizó prácticamente, partiendo del usado en los Países Bajos. El mosquete y el arcabuz se convirtieron en las armas clásicas de la infantería. Del mismo modo que en Flandes, los piqueros pasaron a Chile a conformar el clásico escuadrón en la guerra del Arauco, e, incluso en el siglo XVIII, existieron Compañías de Alabarderos (156).

Otras veces, sobre todo con ocasión de ataques importantes o de reconquistas de plazas anteriormente perdidas, se insiste en que el armamento sea de buena calidad, debiendo fabricarse *algunos trabucos para bombas en las fundiciones de bronce o en la de hierro de Liérguenes, y hacer venir de Flandes personas prácticas para*

(154) Bibiano Torres Ramírez, «La Armada de Barlovento», Escuela de Estudios Hispánicos, Sevilla, 1981.

(155) Puede verse el sistema perfectamente explicado con sus aspectos positivos y negativos en «Vida del Capitán Contreras», de Alonso de Contreras, Sopeña, Barcelona, 1969. Desde que parte, en 1595, tras las banderas del Príncipe Cardenal como simple cocinero, hasta que él mismo es encargado de reclutar soldados por los pueblos andaluces, los detalles de las levadas se nos muestran en su totalidad.

(156) Generalmente como guardias de honor de Virreyes y Presidentes de Audiencia. Se crean a partir de 1568.

que los manejen (157). Vemos cómo la experiencia flamenca es trasplantable, una vez más. También en ocasiones el envío de material desde los Países Bajos a Indias se hizo en bloque, como es el caso de la artillería de Blavet, en Bretaña, que se envió íntegramente a Puerto Rico, con toda su guarnición: cañones de bronce, sacres, pedreros, falconetes, esmeriles, casi diez mil balas de hierro, balas de piedra, cureñas, instrumentos de servicios, etc. (158).

Otro de los aspectos es el del uniforme. En efecto, la forma de vestir de los Tercios flamencos incidieron de una manera más que evidente en el uniforme del soldado español de todo el siglo XVII, e igualmente de Filipinas a Nápoles. Si hubiéramos de definir la vestimenta de este soldado, tendríamos que anotar, sencillamente, que su atuendo era *a la flamenca*. Y esto lo demuestran infinidad de listas de compras de telas, botones, fajas, etc. Desde el sombrero a las calzas, no existía mucha diferencia entre el soldado o el oficial del tercio de Spínola y el soldado o el oficial de guarnición en Méjico.

Entre 1555 y 1560 cambiaron los uniformes de la infantería, normalizándose la combinación chalequillo rojo con mangas amarillas, para venir, en pocos años más a abandonar el coselete y el casco (159). Tan sólo los piqueros, como infantería de línea que eran, conservaron estos elementos, pero el gorro o el sombrero se generalizaron a todo el Ejército. En realidad, una de las características más «*sui generis*» del soldado español era su falta de homogeneidad en el uniforme, siendo esto tolerado por las mismas autoridades militares, considerando que el que cada cual vistiese a su modo (a veces de forma espectacular) les daba brío y atemorizaba al enemigo. Su único atuendo general consistía en una banda roja de cuello a cintura por pecho y espalda y la ostentación de la cruz de San Andrés. Esto pasó de Flandes (160) al resto del imperio, y con ello toda la ornamentación.

En los primeros años del XVII en España e Indias se hace patente el estilo «*valón*»: sombrero de alas anchas (no gorra, casco o morrión), pantalón abombado greguesco (en lugar de calzas acu-

(157) Orden del Conde Duque a la Junta de Guerra, tras la pérdida de Curaçao. AGS. Guerra Antigua, 3164.

(158) Expediente en AGI. Indiferente General, 1115 y 1886. Véase sobre este tema datos en Enriqueta Vila Vilar, Ob. cit., págs. 103 y ss., y en L. A. Vigneras, «El Viaje de Champlain a las Indias Occidentales», Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, 1953.

(159) Clonard, Conde de, Ob. cit.

(160) Parker, Ob. cit., págs. 207-8.

chilladas) y zapatillas o botas en lugar de alpargatas. Para 1685, nada menos que en Méjico, un soldado vestía con *sombrero de color, jubón de lienzo de brabante (hasta en el tipo de tejido las connotaciones con Flandes son evidentes), pna hungariza (capa de mosquetero), calzones de paño pardo, camisa de lienzo de brabante, medias de paño rojas, zapatos de colete de badana, pañuelo para la valona y talabarde para la españa (161).*

La Caballería valona, tanto en la metrópoli, como en Indias vestía igual que la infantería, pero con pesada bota y capa de color pardo, uniforme que se extendió a toda la caballería del Ejército Real.

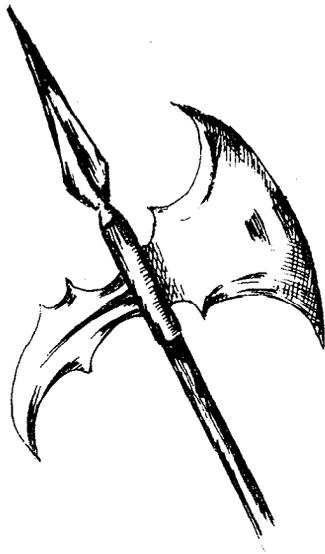
En las formas del tambor, llamadas en Indias «*cajas de guerra*», o en la vestimenta de los pífanos (con plumas blancas) el traje valón se hizo absolutamente general.

V. RESUMEN

Así pues, y como resumen, indicaremos que la experiencia flamenca, adquirida tanto en las guerras del Norte de Europa como en la adopción de técnicas usadas por el enemigo, fue fundamental para el desarrollo militar español de la Península e Indias, tanto en lo naval, como en el terreno de las fortificaciones, e incluso en la propia estructura del Ejército. Todo ello, además, nos lleva a la conclusión de que Flandes en España tuvo una presencia constante y notable, que ha pasado bastante inadvertida a la historiografía militar y, en general a la que se preocupa por la España del Siglo de Oro.

* * *

(161) «Crónica del traje militar en México del S. XVI a XX». En Artes de México, n. 102, 1968.





Comandante de Escuadra		Reinado de Isabel II		Alabaceros	
1845		Tropas de Casa Real		1845 a 1868	
1845		1845		1845 a 1868	
1845		1845		1845 a 1868	
1845		1845		1845 a 1868	

Reinado de Isabel II. Tropas de la Casa Real